

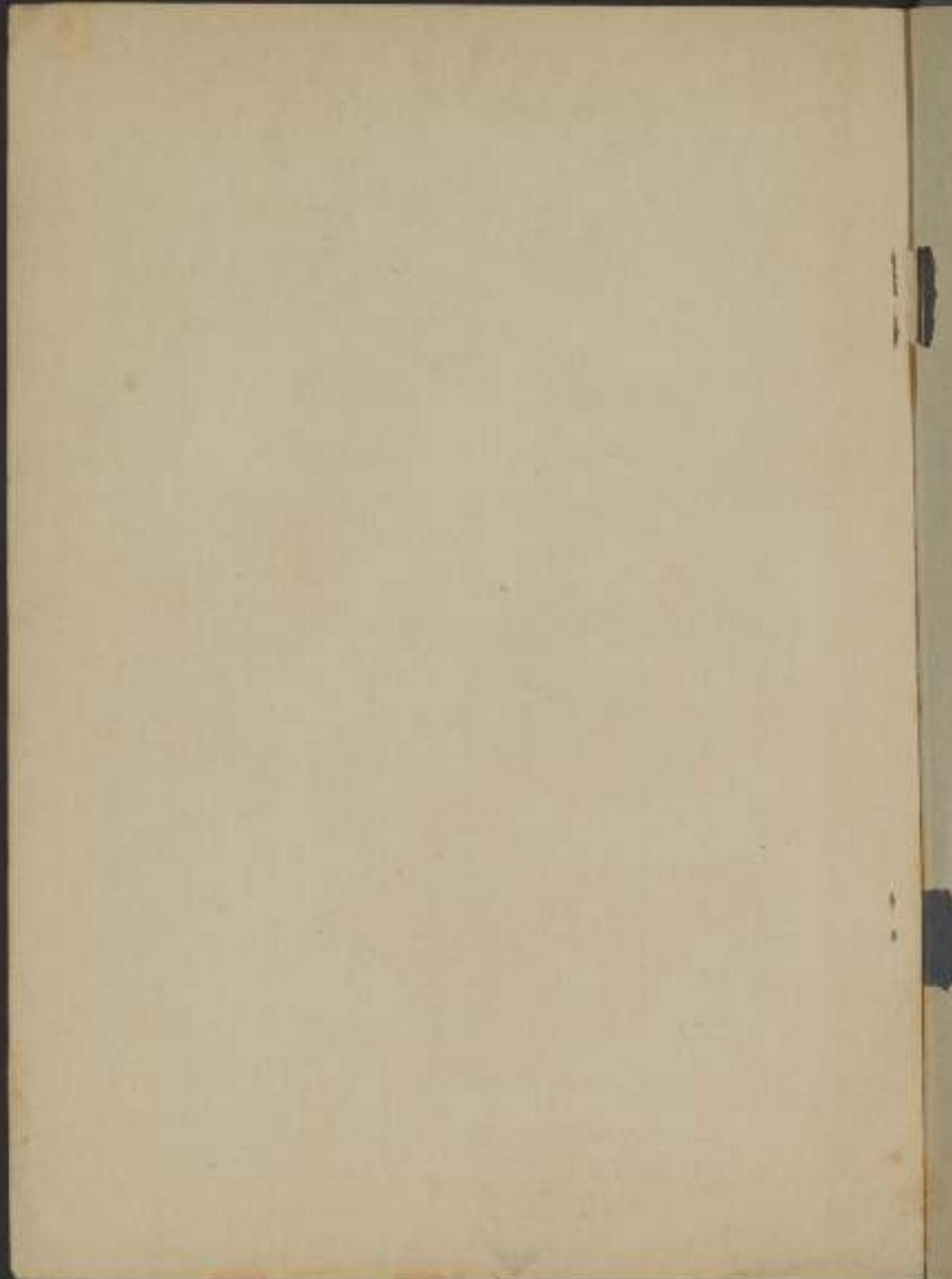
CUANDO EL AMOR NACE

JOHN BOLES
con
DORIS NOLAN
WALTER PIDGEON



PUBLICACIONES CINEMA

7.02 1941



CUANDO EL AMOR NACE

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

PUBLICACIONES CINEMA

EDICIONES EXTRAORDINARIAS

Serie Esplendor

Domicilio: Ballén, 154 - Teléfono 73697 - Barcelona

Presenta

CUANDO EL AMOR NACE

Dirigida por

EDWARD BUZZELL

Productor

JOHN HARKRIDER

Una Superproducción



Distribuida por

HISPANO AMERICAN FILMS S. A.

Casa central: Mallorca, 220 - Teléfono 80035 - BARCELONA

Argumento narrado por

CARMEN G. MANENT

PRINCIPALES INTERPRETES:

| | |
|-------------------------------|------------------|
| DORIS NOLAN | Silvia Parker |
| JOHN BOLES. | Alejandro Drew |
| Walter Pidgeon | Jaime Fraser |
| Alan Mowbray | "Wally" Burnside |
| Tala Birell | "Cherry" |
| Katherine Alexander | Alma Burnside |
| Mary Phillips | Laura |
| Ernest Cossart. | Quinn |
| David Oliver | "Ernie" |
| Harry Davenport | Jessup |
| Esther Ralston | Lila Danforth |
| Dorothea Kent | "Poochie" |
| Elsa Christian. | Jean Stanford |
| Walter Byron. | Arthur Watson |



CUANDO EL AMOR NACE

ARGUMENTO DE LA PELICULA

CAPITULO I

El hombre que no creía en el amor

Cuando el simpático Wallace Burnside, «Willy» para sus íntimos, que acudía al despacho de Alejandro Drew, el arquitecto de moda en Los Angeles con ánimo de pasar un rato de amigable charla con él se enteró por boca de la gentil telefonista, que éste no había aparecido por el despacho en todo el día, hizo un gesto de cómica desolación.

—¡Cómo! ¿Dónde se habrá metido este hombre? He pasado tres horas en el Club esperándolo. Hace dos días que no consigo verle.

Y dirigiéndose a Sylvia Parker, la bella, la discreta, la inteligente secretaria del arquitecto, que en aquel momento entraba en la antesala, le preguntó:

—¡Querida Sylvia! ¿Dónde está nuestro hombre?

La joven hizo un mohín vago.

—Pues no sé. No creo que pueda tardar. Tiene un montón de asuntos pendientes. ¿Quiero usted esperarlo en mi despacho?

—No —repuso Willy, cuyos ojos estaban ahora fijos en un dibujo que había sobre el pupitre—. ¿Qué es eso? ¿Una nueva obra maestra de nuestro escurridizo amigo? ¿Uno de estos edificios monumentales que son el ornato de nuestra ciudad?

La linda secretaria aclaró:

—Es el plano del nuevo edificio Comstock. ¡Magnífico! ¿No es cierto?

—Sí, magnífico—elogió el amigo fingiendo contemplar el dibujo, pero mirando en realidad a una mujer rubia, que había en la antesala esperando—. Nuestro Alejandro es un gran hombre. Y este plano algo digno de su ingenio...

—Una obra de arte, querrá usted decir... Miralo bien, señor Barnaide, fijese en todos los detalles.

Habían cogido el dibujo por los extremos de la cartulina. Sylvia —que sentía una admiración rayana en fanatismo por su jefe— lo contemplaba extasiada, pero Willy, seguía observando al muy picaro, por el rabillo del ojo a la bella rubita de marras, mientras iba repitiendo sus palabras de entusiasmo.

—Sí, sí, una verdadera obra de arte.

—Tiene expresión, vida, calor...

—Sí, mucha expresión, mucha vida, mucho calor...

—Bellamente concebida...

—Delicada y al mismo tiempo robusta — recalcó el travieso Willy, que seguía admirando a la rubita sin que la pobre Sylvia, abstraída en la admiración de la obra de su jefe se hubiera dado cuenta.

—¿De veras, de veras, no desea esperar al señor Drew en mi despacho? — preguntó al fin la hermosa secretaria guardando el dibujo y colocándolo de nuevo sobre el pupitre.

—Lo haría con mucho gusto si supiera la hora en que mi amigo va a aparecer por aquí.

—Es difícil de predecir tratándose del señor Drew. Probablemente estuvo trabajando ayer hasta la madrugada.

—Nuestro Alejandro es sin duda alguna un verdadero genio.

Edifica palacios magníficos, de mármol y granito. Es un maravilloso arquitecto, pero yo soy algo más. Yo soy un brujo. Vendo estos soberbios edificios que él construye y hay que reconocer que lo hago brillantemente. Pero en fin, no quiero molestarla más. Me marcha. Dígale a mi jefe que he estado aquí para invitarle a ir al teatro esta noche. Adíós, Sylvia, adíós, Laura, adíós, todos. Hasta pronto.

Y se fué sonriente, y alegre como había venido, Sylvia le vió salir sonriendo también, y luego, volviéndose hacia la bella rubia, que estaba esperando en la antecala y que había sido objeto de la admiración de Willy, le dijo:

—Señorita Danforth, si quiere usted esperar en mi despacho...

Lila Danforth aceptó el ruego. Agradeció con el acento más suave y amable de su repertorio.

—¡Oh! Gracias, señorita Sylvia. Es usted muy amable...

Cuando hubo desaparecido, Sylvia elogió dirigiéndose a Laura, otra de las empleadas de la oficina, y la mejor de sus amigas:

—¿Qué mujer más exquisita, no es cierto?

Laura sonrió irónicamente.

—Sí, exquisita — murmuró.

—Tan dulce, tan...

—Dos terrones de esta dulcedumbre en una taza de café y no podrías beberla — comentó con sorna.

—¡Bah! No seas maliciosa... Alexander Drew llegaba en

aquel instante. Laura fué la primera en descubrirlo.

—Aquí viene el Jefe— anunció.

Y Sylvia, que era sin duda alguna la gentileza hecha mujer, apareció inmediatamente en la puerta del despacho suyo, para anunciar a Lila que estaba allí esperando.

—Señorita Danforth, el señor Drew acaba de llegar. A veces se empeña en no recibir a nadie, pero procuraré introducirle a usted tan pronto como me sea posible.

Entró Drew en la oficina. Tan elegante, tan correcto, tan atildado como correspondía a su rango de joven arquitecto de moda. Saludó amablemente a sus empleados, sonrió a Sylvia, y un momento después ambos se hallaban ante un nuevo dibujo que había traído Drew consigo.

—No me gusta — comentaba Drew torciendo el gesto—. Es usted como también yo a veces en Greenfield, que hice anoche en un momento y que no acaba de convencerme. Con franqueza. ¿Qué opina usted de él?

—¿Quiere usted que le hable con entera sinceridad? ¿O prefiere usted que le diga unas palabras de elogio?

Drew sonrió. Cuando su secretaria adoptaba aquel tono evasivo era que pensaba decirle algo desagradable.

—Ya veo que no le ha gustado—murmuró.

—Sería un trabajo magnífico para un arquitecto... que no fue-

ra Alexander Drew. ¿Comprende usted lo que quiero decirle? Vea usted. Acabo de decirle la verdad, habiéndole con la sinceridad que usted merece y al mismo tiempo le he elogiado... ¿No le parece?

Drew sonrió nuevamente. Tenía en gran estima la opinión de su secretaria. Ninguna otra le parecía nunca tan acertada.

—Tiene usted razón, Sylvia. No, no es muy bueno. Estuve antes en una fiesta, y bebí unos cocktails. El resultado fué este dibujo.

—Esto me recuerda que está usted invitado a otra fiesta esta noche — insinuó Sylvia—. Los Burnside quieren que vaya usted con ellos al teatro.

—Al diablo con los Burnside. Willy está siempre dispuesto a salir de noche. Yo, no.

—Entonces...

—Entonces... ¿qué hace usted, Sylvia, cuando alguien quiere obligarla a hacer algo que usted no desea?

—Digo sencillamente «no». Algunas veces digo también «no» hasta cuando me proponen hacer algo que me gusta...

—Quisiera ser tan valeroso como usted — repuso Drew sonriendo.

—¿Quiere usted recibir a la señorita Lila Danforth? — Inquirió Sylvia a quemarropa.

Drew hizo un gesto de cómica desolación.

—¡Oh, Dios Santo! Cada vez que veo a esta mujer me pongo

enfermo. No, no Sylvia, no quiero ver a Lila Danforth. Vea usted como también yo a veces tengo el valor de decir «no».

Pero era ya demasiado tarde para que pudiera llevar a cabo sus buenos propósitos. Lila se abalanzó de aparecer en la puerta del despacho, y le decía sonriendo con malicia:

—¿Puedo entrar?

—Ciertamente, querida—aceptó Drew resignado—. Precisamente me disponía a ir en tu busca. ¿No es cierto, señorita Parker?

La secretaria hizo un leve gesto de asentimiento. Pero Lila, que desde hacía muchos días había dejado de ser ingenua, se creyó en el deber de inquirir con un acento de profunda ironía:

—¿De veras, de veras te alegras de verme, Alexander?

—¡Figúrate! Un alegrón tremendo...

La burla que se ocultaba tras aquellas palabras no pasó desapercibida de Lila, que continuó siempre en el mismo tono:

—Tengo una gran noticia que comunicarte, Alex.

—¿Buena?

—Buena... al menos para mí. Voy a casarme.

Se había sentido frente a Drew, que permanecía de pie, y en aquel momento le estaba ofreciendo un cigarrillo. La noticia pareció resultarle muy agradable, por cuanto prorrumpió en exclamaciones de gozo.

—¡Oh, Lila! No puedes figurarte la alegría que me propor-

cionas con esta sensacional noticia. Estoy encantado, lo que se dice encantado...

La bella Lila hizo un mohín de despecho.

—Alex... ¿No sientes un poquito perderme?

Por galantería, Drew se creyó obligado a complacerla.

—¡Oh, sí, sí, claro!... —repuso con un tono que ni siquiera se esforzaba en ser sincero—. Desde luego que lo siento, mucho, muchísimo.

Lila le miró unos instantes en silencio, con sus grandes ojos azules, y luego...

—Todavía no es demasiado tarde, Alex. Di una sola palabra y...

Esta vez Drew abandonó el tono de chanza con que había estado hablando hasta el momento para replicar rápidamente:

—No, no, Lila, no digas tonterías. Soy el primero en desear que te cases... y espero que sea para mucho tiempo.

Lila se había levantado. Un relámpago de ira pasó por sus ojos. Tal vez creyó por un instante que el extinguido amor que aquel hombre había sentido por ella en otro tiempo, volvería a renacer al pensar en que iba a pertenecer a otro. Se equivocaba. Drew no podía sentir el más leve impulso de celos porque había dejado de quererla de una manera absoluta e irrevocable. Había sido un capricho que había durado lo que acostumbra a durar estos sentimientos. Ni un minuto más. Todo lo que ella hiciera para atraer-

selo sería enteramente baldío. Fue con un tonillo de burla cruel que contestó las palabras de su ex amante.

—¡Querido! Tú siempre tan bueno conmigo. Sacrificándote para que yo pueda ser feliz... Dime... ¿Qué regalo de boda piensas hacerme?

—Déjame pensar... ¿Te parece bien algún objeto de plata?

—¡Oh, sería magnífico, querido!... pero la plata se ennegrece con el tiempo... Quisiera algo diferente, algo que fuera como un recuerdo eterno...

Se detuvo unos instantes para mirar fijamente el rostro de Drew, que permanecía impassible. Luego, con acento dulce, muy dulce, como si fuera a pronunciar una palabra de amor, sugirió:

—Por ejemplo... un cheque de cincuenta mil dólares.

Esta vez Alexander se inmutó. Miró «terrorizado» a su bella y «espiritual» compañera, y exclamó escandalizado:

—¿Cincuenta mil dólares? ¿Te has vuelto loca, querida mía? ¿Te has dado cuenta de lo que representa esta suma?

—Sí, Alex. Me he dado perfecta cuenta. Ayer noche estaba relejendo tus cartas de amor... Las he guardado todas. Son tan dulces, tan expresivas, tan llenas de promesas... Adoro estas cartas...

Drew comprendió. Lila había concebido la idea de pedirle los cincuenta mil dólares, a cambio de aquellas cartas comprometedoras. No podía negarse que era

una mujer inteligente. Lástima que empleara su talento en obras tan poco provechosas... para los demás. Había perdido la partida.

—Bien—dijo sonriendo e inclinándose hacia Lila en homenaje de admiración para aquel talento suyo que hasta ahora se había obstinado en ignorar, y que tan caro iba a costarle—. Bien querida. Comprendo que mis cartas te hayan enternecido hasta el punto de pedirme una suma semejante. Verdaderamente eres de un sentimentalismo que conmueve. Mi abogado te mandará un cheque mañana por la mañana sin falta. Ya sabes que tengo palabra.

Por lo visto, Lila tenía fundados motivos para dudar de la palabra de su amigo, porque se creyó obligada a objetar:

—Parece una promesa un poco vaga...

—Te repito que sabré ser fiel a la palabra empeñada—recalcó Alex.

Lila pareció convencerse.

—¡Oh, querido! murmuró.

—Querido...—repitió sarcásticamente Alejandro.

—De todos modos, habrás de reconocer que te ha salido muy barato—comentó Lila, siempre en el mismo tono.

—Bien. No discutamos. Ahora, si no te importara dejarme... Estoy ocupadísimo.

Lila recogió la alusión. Se levantó dispuesta a marcharse.

—Adiós, Drew—le dijo despidiéndose—. Me siento feliz y al

misimo tiempo desgraciada. Mi vida es como un buen libro. Me apasiono por el capítulo precedente, pero me destrozó el corazón tener que abandonar el último que he leído.

Se despidieron con un beso. Salio Lila, y Sylvia requirió a su jefe para anunciarle que Jessup, su apoderado, le reclamaba al teléfono. Jessup era el que debería pagar a la bellísima Lila el precio que ella había puesto a los desahogos amorosos del arquitecto, escritos en un raptó de buen humor. Drew objetó bromeando:

—¡Ah, Sylvia, usted es el mismísimo diablo! ¿Acostumbra, acaso, a escuchar por la cerradura? De modo que el hecho de que una bella mujer haya estado aquí a verme le hace suponer que necesito hablar con mi abogado...

—No he sido yo quien le ha llamado, señor Drew. Ha sido el mismo señor Jessup. Es la cuarta vez que pide por usted en el día de hoy. Se trata, según me ha dicho, de algo relativo a los impuestos que usted debe abonar...

Un momento después, Sylvia recibía, a su vez, una llamada telefónica. Era Fraser James, arquitecto también, como su jefe, aunque menos famoso que aquél. Su amigo la invitaba muy amablemente a salir con él aquella noche. Sylvia sonrió al oír la voz de Fraser, saludándola:

—Hola, querida... ¿Quieres que esta noche vayamos al Gréve? Tengo ya dos entradas...

—¡Encantada! —aceptó la joven—. Hace mucho tiempo que

no he estado allí. ¡Oh, Fraser! Voy a estrenar un vestido en honor tuyo. Espero que te gustará.

—No lo dudo —repuso Fraser, convencidísimo—. Entonces hasta pronto... Pasaré a buscarte.

—Perfectamente. Adiós.

Colgó el auricular. Volvió a su despacho y se dispuso a despachar los asuntos pendientes, con su jefe. Apenas habían dado comienzo a su trabajo, Drew le insistió:

—¿Podría usted ir a mi casa esta noche, a las ocho? Mejor un poco antes. Cenaremos juntos. Así podremos aprovechar todos los minutos, y tal vez consigamos ponerlos al corriente en el trabajo. Ando loco estos días. Ahora debo marcharme. Es todo lo que deseaba. Gracias por su amabilidad.

—De nada, señor Drew.

—¿Convenido entonces?

—Convenido.

Ni un gesto, ni una palabra, ni una insinuación en contra de la proposición que acababa de hacerle su jefe. No era ciertamente sin motivo que Alejandro elogiaba siempre a su secretaria. Después de una jornada de trabajo intensísimo, ¿cuántas veces había tenido aquel antojo de continuar la labor en su domicilio? Sylvia no se había negado nunca, no había mostrado nunca cansancio. Dócil, atenta, diligente, habilísima. Más que secretaria era una colaboradora suya. Y como si todas estas cualidades no bastaran a hacerla indispensable, la señorita Parker era además lo suficientemente joven y lo suficien-

lemente bella para resultar un regalo a los ojos de los clientes de Alejandro.

Sylvia era también la única mujer, entre tantas como Alejandro había conocido en su vida, que no le había defraudado nunca, que jamás le había producido el menor disgusto. Una joya, una verdadera joya, de un valor incomparable era aquella linda mujercita que el Destino benévolo había colocado en su camino. Merecía el sueldo elevadísimo que él le tenía asignado. En realidad, le había baratasima, porque ella sola se bastaba para despachar los asuntos que otra empleada cualquiera se habría visto en la imposibilidad de llevar a cabo.

—Espero que no le entorpeceré ningún plan... —insinuó Drew. Estaba tan acostumbrado a la sumisión de su empleada que tuvo que hacer un esfuerzo para pensar en esta eventualidad.

—¡Oh, no! —repuso rápidamente Sylvia, que, sin embargo, recordaba perfectamente su compromiso con Fraser.

Un instante después, Laura, su compañera de trabajo, se lamentaba de que no pudieran cenar juntas aquella noche. Estaba desesperada, totalmente desesperada. Ernie, su marido, era un truhán, un sinvergüenza, un...

Sylvia sonrió al oír aquella rotunda de epítetos mal sonantes que su gentil compañera dedicaba al dueño de su corazón.

—Si. Defiéndete si te parece. Hemos tenido una pelea tremenda esta mañana.

—No comprendo qué puede haber sucedido, Laura. Ayer llegó Ernie de su viaje y te pasaste toda la tarde tratándome de convencer de que es un verdadero tesoro.

—Sí, «era» un tesoro, pero ya ha dejado de serlo para mí. Me estuvo mintiendo descaradamente con lo del viaje de negocios... Ahora resulta que se fué con una morena...

—¿Cómo has llegado a saberlo?

—Ernie es uno de estos raros sujetos que sueñan en voz alta, y que creo que les llaman «cleptómanos», o algo por el estilo — aclaró Laura, que era terrible en cuanto a llamar las cosas por su nombre.

—¿Quién hace caso de los sueños?

—¿Y quién diablos le manda soñar con una morena?

Sabieron juntas del despacho. Un instante después, el cruel, el ingrato Ernie, aparecía ante ellas. Las palabras con que Laura saludó su presencia no eran ciertamente muy alentadoras:

—Apártate de mi vista, monstruo de las dos caras. Si no me miras con estos ojos de idiota. ¿Has visto aquella película que se titulaba «El Hombre y el Monstruo»? Pues bien, tu eres eso. El Dr. Jekyll y Mr. Hyde, bajo la envoltura de un lobo. Esto es lo que tu eres.

El pobre Ernie, tan duramente maltratado, se volvió hacia Sylvia para decirle, con entonación dolorida:

—¿Ve usted Sylvia? Esta es la única manera que tiene de tra-

tarma. No sé como puedo tolerarlo. Debería ir a un médico a que me examinara la cabeza.

Y Laura, que no se daba por convencida, recalcó cruelmente:

—Lo toleres o no, me permito sugerirte que vayas a ver este médico lo más pronto posible.

CAPITULO II

Lo inesperado

Cuando Fraser, que había ido en su coche en busca de Sylvia, se enteró por boca de ésta que aquella noche no podían salir juntos porque debía ir a trabajar a casa de su jefe, puso el grito en el cielo. El que había esperado con tanta ilusión aquella cita. ¡Que se había gastado incluso una respetable cantidad de dólares para comprarle a Sylvia un ramo de orquídeas, sus flores preferidas!

—¿A qué viene eso ahora? — protestó—. No hace ni tres horas me dijiste por teléfono que estabas libre para salir conmigo...

—Ya te lo he dicho, Fraser. Un trabajo urgente. El señor Drew me necesita...

—El señor Drew no es un jefe, es un tirano. Debería estar en la cárcel. Por supuesto—añadió después de una pausa—. Si a ti te disgustara sacrificarle por este tirano, no accederías tan fácilmente.

—Fraser—repuso Sylvia dulce-

mente—. No olvides que, después de todo, no soy más que una triste empleada.

—No, tú no eres una empleada. Eres una esclava. Eso es lo que tú eres, ni más ni menos. Cuando Alejandro Drew hace restallar el látigo, tú das un salto.

—¡Fraser! —murmuraron los labios de Sylvia con entonación de reproche—. No puedo tolerar que me hables en este tono. Tú sabes que el negocio es el negocio y...

—Sí, ciertamente. Yo sé lo que es el negocio. Yo también soy arquitecto. ¡Qué caramba! ¿Acaso yo sacrifico a mi secretaria obligándola a trabajar a horas extraordinarias, forzándola a ir a mi casa por la noche? ¡No! Entre otras razones, porque no la tengo. Mi secretaria, ni tampoco casa. Tu precioso señor Drew, absorbe todas las horas de tu vida.

—No es cierto—insinuó Sylvia no muy convencida de la sinceridad de sus propias palabras.

—Bien está. Como tú quieras, siempre como tú quieras. Vete con tu jefe—aceptó Fraser, resignado, mientras ponía el coche en movimiento.

Y así fue como terminó la velada que él se había prometido pasar felizmente junto a la mujer querida, porque el humilde arquitecto estaba sincera y profundamente enamorado de la bella secretaria de Alejandro Drew, el inexorable.

Unas horas después, Alejandro discutía con su apoderado acerca de la suma que la cautivadora

Lila Danforth había exigido como precio a las amorosas insiavas que, en un día no muy lejano, le enviara el arquitecto. El asunto de sus intereses se estaba poniendo muy feo. Si no ponía coto a sus generosidades, no tardaría en ir a la bancarrota. Por el momento había que pagar los impuestos sobre la renta, que subían un pico, y sobre este punto el Gobierno se mantenía inexorable. No había manera de evadir las exigencias del Fisco.

—Si no procura usted controlarse y poner un límite a su manía de hacer regalos como éste, no culpe al Gobierno de que él, a su vez, exija lo que es de Ley. Drew le miró sonriendo:

—Usted no habrá hecho nunca regalos a las mujeres, ¿no es cierto?

—Yo soy un hombre casado... —repuso el abogado.

—Podría haberlos hecho a su mujer.

—Ni siquiera a ella...

En aquel momento hicieron su ruidosa entrada en la casa Wally Burnside y su mujer Alma, que iban dispuestos a pasar la velada en casa de su amigo. Joaquín, el ayuda de cámara, saludó a los recién llegados, haciéndoles la saludable advertencia de que su amo estaba ocupadísimo aquella noche.

—Tiene aquí a su secretaria y su abogado. No creo que pueda recibirlos.

—Nosotros le libramos de ellos —repuso despreocupadamente Alma.

Ella y su marido no habían llegado solos a la casa de Drew. Traían consigo otras lindas mujercitas, y todos juntos se proponían correrse una juerga por todo lo alto, sin que pudiera impedirse los aviesos propósitos de su amigo de dedicarse al trabajo.

Drew, que había oído el escandaloso que estaban armando sus amigos en el cuarto vecino, salió indignadísimo. Por vía de saludo les dijo rudamente:

—Os advertí que no viniérais esta noche. Tengo mucho trabajo...

Pero ¿quién era capaz de detener a aquel alegre grupo? Por pronta providencia, Alma se sentó al piano y empezó a cantar una canción a grito pelado. Drew alzó los ojos al cielo como poniéndolo por testigo de su tormento.

—¡Oh, por Dios! ¡No toques más! ¡Alma! ¡Wally! Os lo suplico. Dejarme esta noche. Os repito que tengo un montón de asuntos que despachar.

Sólo entonces se dió cuenta de que su amigo llevaba un emplasto en la cabeza. Le preguntó:

—¿Qué te ha sucedido, Wally?

—Se cayó del caballo, y éste me golpeó la cabeza.

—Sí, estaba jugando al polo, y...

—Wally, este deporte no te prueba. El día menos pensado vas a herirte seriamente.

—¡Oh, no hay miedo de que esto suceda mientras el caballo se obstine en seguir dándole en la cabeza —instauó Alma, que,

por lo visto, tenía un altísimo concepto de los dotes intelectuales de su marido y de la dureza de su cráneo.

Todos rieron la agudeza de Alma, todos incluso la víctima.

—Bien Alma —insinuó Drew—, ¿Desde cuándo sales con tu marido? ¿Qué dirá la gente?

—La gente dirá que soy una esposa anticuada... Salgo siempre con mi marido... una vez al mes. Además, él no ha pasado un fin de semana en casa desde hace meses. Y como después de muchas vacilaciones ha decidido pasar éste, hemos decidido invitarte para celebrar el acontecimiento.

Drew hizo un gesto de cómica desolación:

—¡Oh, cuánto lo siento, Alma! Me va a ser imposible. Me voy en avión a San Francisco por un asunto de negocios.

Pero, olvidado momentáneamente de su trabajo, Alejandro entabló conversación con Wally. Hablaban de mujeres, mejor dicho, de una mujer, de aquella rubia diabólica que le iba a costar a Drew un ojo de la cara, traducido en 50.000 dólares contantes y sonantes, si Dios no acudía a poner algún remedio.

—Parece ser que todas las mujeres a quienes, en un raptó de buen humor, me dedico a escribir cartas amorosas, con promesas, más o menos sinceras, las coleccionan cuidadosamente guardándolas en su pecho... para después, terminado el romance, sacarlas de su faltriquera y ponerme ante el dilema de pagarlas en buenos dó-

laras o comparecer ante los Tribunales. No es la primera vez que esto sucede, y debería estar ya escarmentado, pero ¡qué quieres! Tengo el corazón muy sensible Y...

Y, viendo que Wally sonreía irónico:

—Sí, no te rías —arguyó— ¡Me da menos pensado caes tú también en una celada.

—A mí no me coge nadie.

—¿En qué te fundas para estar tan seguro de ti mismo?

Wally hizo un gesto expresivo:

—Mira —le dijo, señalando a su mujer— Me fundó en que estoy casado, y no hay tribunal que pueda perseguir a un hombre casado por incumplimiento de promesa matrimonial. ¿Comprendes ahora las ventajas de estar sujeto a un yugo que te he recomendado tantas veces? ¿Quieres más? Te quejas de que el impuesto sobre la renta te esté resultando una carga imposible de sobrellevar. Pues bien, yo tengo tantos ingresos como tú, solamente que, como estoy casado y los impuestos son también mucho menores, con este procedimiento ahorro un poco más del cuarenta por ciento... ¿Qué te parece?

—¡Caramba! No creí nunca que el matrimonio resultase una cosa tan... romántica —comentó Alejandro irónicamente.

—Tan romántica que a veces me pregunto si Wally no se habrá casado conmigo precisamente por eso.

—Alma, eres la mujer más comprensiva y tolerante que he conocido en mi vida —elogió el marido humorísticamente.

—Ni comprensiva ni tolerante; resignada —rectificó su cara mitad.

Sylvia entraba en aquel momento. Al ver a su jefe entretenido charlando y bebiendo con sus amigos, se detuvo sorpresa y se dispuso a retirarse. Alejandro le dijo amablemente:

—Le ruego que se quede, señorita Parker. Mis amigos se estaban despidiendo.

Nada más lejano de la verdad. Pero Drew quería aprovechar aquella coyuntura para decirles en buenas palabras que se largasen cuanto antes.

—En seguida vamos a reanudar nuestra labor —recalcó por si les hubiera quedado alguna duda sobre el partido a adoptar.

No hubo otro remedio que resignarse. Wally, Alma y las encantadoras mujercitas que habían traído consigo, se dieron por aludidos y decidieron aceptar la amable invitación del dueño les ponía de patitas en la calle.

Cuando estuvieron solos Drew, Sylvia y el abogado, Alejandro volvió sobre el asunto que le obsesionaba. Según las informaciones de Jessup, el Tío Sam iba a llevarse aquel año nada menos que la friolera de 164.000 dólares, ni un céntimo más ni un céntimo menos. Drew hizo un gesto de espanto. Verdaderamente, si los impuestos iban aumentando de aquella manera progresiva, sería

cosa de pensar en renunciar a sus ingresos y limitarse a buscar un empleo. Recordando las palabras que le había dicho su amigo, preguntó:

—Digame, Jessup, en el caso de que estuviera casado, la suma que se me llevaría el Fisco sería mucho menor, ¿no es cierto? Por lo visto, los solteros estamos destinados a que nos aprieten el pescuezo.

—Sí, claro, en este caso, el impuesto quedaría reducidísimo, pero no es cosa de pensar en este absurdo.

Alejandro miró estupefacto a su abogado. ¡Absurdo! ¿Le parecía absurdo que él pudiera llegar a ser un hombre casado? ¿Tendría, pues, que resignarse a pagar eternamente los elevados impuestos que el Gobierno imponía a los ricos solteros como él?

Un rato después, Jessup se había retirado, Alejandro y su secretaria se disponían a trabajar de firme. Empezó a dictarle una carta, una de estas odiosas cartas comerciales, dirigida a un tal señor Clark, al que sin duda alguna debía tener algo muy interesante que decir, aunque en aquel instante no le fuera posible recordarlo. Las palabras de Wally danzaban en su imaginación, impidiéndole concentrar su atención en el trabajo. Sylvia, con el carnet y el lápiz preparado, esperaba pacientemente a que le dictase. Al fin, viendo que él no daba señales de vida, le llamó discretamente a la realidad:

—Estoy lista, señor Drew.

—¿Qué? ¡Ah, sí! Empezamos. Señor Jaime Clark, 342, Quinta Avenida. Muy señor mío.

Hizo una pausa breve, brevísimamente, al cabo de la cual pronunció las palabras más peregrinas que Sylvia habría podido esperar que salieran de sus labios.

—Muy señor mío —repitió—. ¿Ha pensado alguna vez en casarse?

Los azules y bellísimos ojos de su secretaria le miraron con una expresión de asombro que le hizo sonreír.

—¿Qué le sucede, señorita Parker? ¿Por qué me mira de este modo? ¿Acaso he dicho una inconveniencia? Lo sentiría, porque estoy hablando seriamente.

No menos seriamente le había escuchado Sylvia. Contemplaba a Alejandro con asombro creciente, con la misma mirada con que lo habría contemplado si le hubieran dicho que su jefe se había vuelto loco de repente. Molesto por aquella observación de que estaba siendo objeto, Drew volvió a hacer la pregunta:

—¿Qué sucede?

—Señor Drew —repuso al fin Sylvia vuelta en sí de su mutismo—. Temo... temo que no está usted realmente en lo que me dicta... Quiero decir... Me parece un poco extraño lo que acaba de decirme. Veo usted, Señor Jaime Clark, 342, Quinta Avenida. Muy señor mío: ¿Ha pensado usted alguna vez en casarse?

—Sylvia —repuso el jefe—. No pretenderá usted hacerme creer que no ha comprendido. Le es-

taba dictando, es cierto, pero me he detenido en el encabezamiento para dirigirme a usted directamente. Le he hecho una pregunta sencilla, a la que voy a añadir otra no menos sencilla que la primera. Señorita Parker: ¿Querría usted casarse conmigo?

—Que yo... que usted... que yo... —balbuceó la pobre muchacha, cuyo asombro empezaba a convertirse en miedo—. Señor Drew, temo que el asunto de los impuestos sobre su renta le...

—Dígalo de una vez, señorita Parker. No tema usar palabras un poco fuertes.

—Pues bien... le han trastornado un poquito el cerebro... Quiero decir, no quiero decir... bueno, quiero decir que le han obsesionado con exceso y...

—Tiene usted razón. Si he de serle franco, es lo único que me obsesiona en este instante. Ha llegado el momento en que me ponga a cuarteo de todas estas eventualidades. En una palabra, ha llegado el momento en que me proteja a mí mismo, esto es, que me proteja a mí mismo contra mujeres e impuestos. ¿Querría usted ayudarme? Una esposa lo arreglaría todo, absolutamente todo. Si continúo soltero, los impuestos sobre mis rentas irán en aumento, a medida que mi trabajo vaya aumentando también, y lo que es peor, estoy constantemente expuesto a seguir escribiendo ardientes cartas de amor a la primera mujer bonita que se me ponga en mi camino. Si me caso, los impuestos disminuirán en un cuarenta por ciento... y

podría seguir escribiendo cartas de amor, en el caso improbable que se me antojara hacerlo... Señorita Parker. He llegado a la conclusión de que si quiero gozar de alguna libertad, lo único que debo hacer es casarme. ¿Qué le parece?

Lo que salió de labios de Sylvia fue un simple balbuceo. Drew continuó impertérrito:

—La cosa más sencilla del mundo. Conozco a usted desde hace tiempo y tengo entera confianza en usted. Le estoy proponiendo un negocio. Un negocio productivo para ambos. Usted está ganando ahora cincuenta dólares por semana. Yo le subiré el sueldo a ciento cincuenta. Usted ganará más dinero, y yo, a mi vez, ahorraré dinero. ¿Qué le parece?

Ahora los labios de Sylvia pronunciaron una respuesta, la respuesta sensata, discreta, que Drew esperaba de una mujer tan inteligente como ella:

—Su proposición es, sin duda alguna, la más interesante que se ha hecho hasta ahora.

No dijo más. No era necesario. Aquellas palabras suponían una tácita aceptación del «negocio» que acababa de proponerle su jefe. Drew pareció encantado con la idea de llevarlo a cabo inmediatamente, tan inmediatamente que se dispuso a llamar a Jessup para que arreglara el asunto en un santiamén. Salió, pues, en su busca, y Sylvia quedó sola unos instantes. Con paso rápido y nervioso, se dirigió a una mesita sobre la cual había una bandeja

conteniendo botellas y vasos. Escanció un poco de whisky y se lo tragó de un sorbo. Joaquín, el ayuda de cámara, que entraba en aquel momento, vió el gesto de la joven y no pudo contener una exclamación de sorpresa:

—¡Oh, señorita Parker!

Sylvia le miró con una expresión indefinible:

—Mi buen Joaquín. No crea usted que me he vuelto alcohólica de repente. Oiga lo que le digo. Voy a necesitar cada gota de este whisky que estoy bebiendo.

Y como el criado siguiera contemplándola cada vez más asombrado, explicó:

—Hoy... precisamente hoy... he recibido una proposición de matrimonio.

—No creo que sea una novedad en una joven como usted, señorita Parker. Tengo la seguridad de que habrá recibido a centenares. Si el caballero es... un caballero y usted le ama...

Los ojos de Sylvia tenían ahora un brillo extraño. Obra del whisky, sin duda alguna. Fue con una entonación, entre seria y burlesca que contestó a la insinuación del criado:

—Sí, es un caballero... y yo le amo.

—Entonces... ¿por qué dice usted que va a necesitar cada gota de este whisky?

—Es que... es que el caballero no me ama a mí.

—Esto nada significa —arguyó filosóficamente Joaquín—. Tal vez el hombre de quien usted ha-

bla tiene ahora el antojo de casarse. Si no lo hace con usted lo hará con cualquier otra... No sueñe usted demasiado, señorita Parker. Es un buen consejo. Mas vale pájaro en mano que ciento volando... Además, no olvide que la Naturaleza cambia continuamente, y lo que es hoy hielo puede convertirse mañana en fuego... Cuando yo me casé, no estaba enamorado de mi mujer. Si he de serle franco, ni siquiera quería casarme con ella, pero ella insistió en hacerlo. Decía que el amor vendría inevitablemente, y así fué. Los días más felices de mi vida fueron aquéllos en que mi mujer iba conquistando paso a paso terreno en mi corazón y yo me daba cuenta de ello. Hasta que me enamoré perdidamente. Y ahora viene lo bueno, desde entonces, desde que cometí el error de confesárselo y demostrárselo cumplidamente, mi mujer parece querermé menos. A veces creo que cometí un error en abrirle mi corazón.

En aquel momento se oyó la voz de Drew llamando a su secretaria. El ayuda de cámara se retiró discretamente, no sin antes haberle dicho a Sylvia.

—Perdone usted, señorita. Tal vez me he excedido un poco. Pero como usted ha tenido la gentileza de abrirme su corazón y contarme lo que le sucedía, he pensado que un consejo podría insinuarle el camino...

Los ojos de Sylvia contemplaron unos instantes al orlado. No habría podido definirse la expresión que se reflejaba en ellos.

Había ternura, emoción, admiración y tristeza al mismo tiempo. Quisieran decir tal vez muchas cosas que los labios se resistían a pronunciar. Sonrió al fin, y le dijo dulcemente, tan dulcemente que el pobre Joaquín se sintió conmovido.

—Nada de eso, Joaquín. Ha hecho usted muy bien en hablarme. No olvidaré sus palabras, téngalo por seguro. Ellas, como dice usted, me señalarán el camino a seguir. Gracias, muchas gracias... Le estaré siempre muy agradecida y pienso poder pagárselo algún día.

Un cuarto de hora después, Drew y Sylvia se hallaban arregiando los términos del «contrato» con Jessup, que no podía salir de su apoteosis. Tan descabellado le parecía el proyecto, que no pudo abstenerse de objetar.

—Permitame que le diga algo a este respecto. Todo esto que usted acaba de exponerme y que la señorita Parker parece aceptar, está muy bien por usted. Todos sabemos que usted es... ¿cómo diría yo? Es un clínico, que no cree en el amor, pero... ¿tenemos derecho a obligar a la señorita Sylvia a aceptar esta misma teoría? Supongamos que un día después de haber firmado este curioso contrato, se enamoró de alguien... ¿Qué sucederá entonces?

Hubo una corta pausa. En seguida se oyó la voz de Sylvia decir firmemente:

—No existe el menor temor de

que está suceda, señor Jessup. Yo soy como el señor Drew. No creo en el amor, ni pienso cambiar de idea.

Jessup hizo un gesto vago, que lo mismo podía ser de aquiescencia que de protesta. En seguida, dirigiéndose a Drew, le dijo adoptando un tono que al arquitecto se le antojó algo impertinente.

—Alejandro, hay algunas cosas en la vida que usted entiende perfectamente. Arquitectura, por ejemplo. Pero hay otras, otras mucho más importantes por cierto, acerca de las cuales usted lo ignora todo, absolutamente todo.

—Comprendo. Sugiere usted que debería entender algo sobre amor... ¿No es cierto?

—Ciertísimo.

—Perfectamente. Para prevenir esta eventualidad que usted acaba de señalarnos, vamos a introducir una cláusula en el contrato, mediante la cual estipularemos que la señorita Parker podrá en todo momento rescindir su compromiso, en el caso de que se enamore de algún otro hombre.

—Me ha parecido entender, además, que piensa usted seguir utilizando los servicios de la señorita Parker como secretaria.

—Exactamente. No pienso cambiar mis costumbres por el hecho de casarme. Un hombre puede encontrar una esposa en todas partes, pero una buena secretaria como Sylvia... ¡Ah! Esto

no se encuentra más que una vez en la vida.

—Gracias, señor Drew — pronunciaron los labios de su futura.

—Entonces... De acuerdo en todo, ¿no es cierto?

—De acuerdo — aceptó su secretaria.

—¡Ah! Hay algo más todavía. Deseo si es posible, seguir habitando mi casa de soltero. La presencia de una mujer en ella, aun siendo la propia, podría compliarme la vida y...

—También en esto estamos de acuerdo, señor Drew. No deseo ser un obstáculo a su felicidad ni entorpecer su libertad en ningún sentido.

No había ya nada que añadir. Todo estaba arreglado a entera satisfacción de las partes contratantes. Jessup se levantó, se acercó a Drew, y con un tono de ironía cortante, que el arquitecto no le había oído nunca, le dijo:

—Felicidades, Alejandro.

—Gracias — repuso aquél cortésmente.

Y luego, volviéndose hacia Sylvia.

—Señorita Parker — dijo — Permítame que aplice mi felicitación a usted... por tiempo indefinido.

Y se fué. Drew pareció un poco molesto. Sylvia, en cambio, soltó la carcajada.

—¡Oh! ¡No le haga el menor caso! — exclamó —. Es un pobre hombre montado a la antigua... ¿Se ha fijado usted? ¡Todavía

cree en el amor! Buenas noches, señor Drew.

—Buenas noches — repuso Alejandro.

Esta fué la «tierna» despedida de los futuros cónyuges.

Cuando Sylvia salió de casa de su jefe se encontró con Fraser, que ya estaba esperando en la puerta con su roadster. Se acercó a él para... para subir al coche, al mismo tiempo que le reprendía por haberla desobedecido. ¿Acaso no le había prohibido ella que fuera a buscarla?

—No me pegues, querida — repuso el joven—. Ha sido más fuerte que mi voluntad de obedecer. No creas que no he luchado, pero es tan bonito sucumbir. Fraser, me dije, cuando ella te prohíbe ir a recogerla es porque no desea tu compañía.

—¡No seas idiota! — fué la amable respuesta de su amiga.

—Gracias — repuso Fraser inmutable—. Y mientras, tú y tu jefe estábais metidos de lleno en los impuestos, me fui al cine.

—¿Viste una película bonita?

—Colosal. Por lo menos esto es lo que decían los demás espectadores.

—¿De qué se trataba?

—Pues verás... se trataba de un riquísimo hombre de negocios y su linda secretaria. El era un pájaro de cuenta, y su secretaria una mujer bonita... ¿Comprendes? Un día le dijo... Esta noche tengo mucho trabajo. Venga usted a mi yate a las ocho. Ella accedió. Había otro

hombre... un... pongamos un horticultor enamorado de la muchacha, sincera y profundamente enamorado. Quería casarse con ella, y como no tenía ninguna confianza en el riescho, siguió a la muchacha con su coche...

—¡Cómo, cómo! — interrumpió Sylvia, riendo... ¿Siguió a la muchacha al yate... en su coche?

—Bueno... bueno, no recuerdo ahora bien. Finalmente, el horticultor cogió a la muchacha en sus brazos, y le dijo: «Querida. Estoy loco por ti. ¿Quiétes casarte conmigo?

Hubo una corta pausa. Fraser miraba fijamente a Sylvia, pero Sylvia no le miraba a él. Tenía los ojos obstinadamente bajos, como si rehuyera la mirada inquisitiva de su amigo. Al fin, Fraser inquirió.

—¿Quieres que te diga lo que repuso la muchacha... en la película?

—No, Fraser — contestó Sylvia con un dejo de tristeza. No serviría de nada.

—¿Por qué?

—Porque en la película tal vez la joven estaba enamorada del horticultor, ¿no es cierto?

—Claro que sí.

—Pues bien, querido Fraser... Tú sabes que no siempre en la vida real ocurre lo que en las películas.

Hubo un corto silencio. Sylvia y Fraser habían estado haciendo un pequeño juego de palabras para comunicarse sus mutuos sentimientos. Fraser era... el

horticultor y Sylvia la joven de la película. Pero como no habían hablado de ellos directamente, les quedaba el recurso de no darse por aludidos. Fue tal vez por eso que el enamorado galán decidió aceptar alegremente las calabazas que con tanta discreción acababa de darle su gentil compañera, y contestó con la sonrisa en los labios:

—Creo que habría sido mejor quedarme en el cine a ver el final de la película... en vez de venir a buacarta.

CAPITULO III

El matrimonio

Contrato pre-matrimonial entre

Alejandro Drew y Sylvia Parker

Acuerdo ejecutado entre ambos contrayentes en enero de 1938, mediante el cual...

Sylvia acabó de leer aquel documento peregrino y sonrió de buena gana al ver su firma y la de Alejandro estampadas al pie del mismo. Acababan de firmarlo juntos, y he aquí que su jefe le dijo de pronto algo que tuvo la virtud de hacer desaparecer la sonrisa que florecía en los labios de la futura señora Drew.

—Ahora ya nada nos impide casarnos. Firmado este contrato, obtenidas las licencias respecti-

vas... Yo creo que el matrimonio podría celebrarse esta misma tarde.

Sylvia no había mentido al hablarle a Joaquín en la forma que lo hiciera dos días antes, cuando Drew le hizo su extraña proposición. No, no había mentido. Amaba a Alejandro Drew, y si le hubieran preguntado desde cuándo, habría contestado tal vez que desde toda la vida, desde antes de haberlo conocido. Porque a ella le parecía haberlo amado siempre, aun antes de conocerlo. Esto podía parecer absurdo, pero era tan cierto como la realidad misma. Recordaba la emoción experimentada el día en que entró por primera vez en el despacho del arquitecto para solicitar, tímida y medrosa, el puesto de secretaria vacante. Desde el instante en que le vió por vez primera, todo su deseo se concentró en un sola idea. La de ser aceptada para ocupar aquel puesto, la de quedarse a trabajar junto a él, aunque fuera el más exigente de los jefes, aunque hubiera de matarse trabajando, aunque la tratara rudamente, aunque no se diera jamás cuenta de que su nueva secretaria era joven, bella y codiciable... Aquel anhelo suyo se convirtió en realidad, tal vez porque ella lo había deseado tan ardientemente que por ello logró hacerlo posible.

Luego habían ido transcurriendo los años. Cuatro largos años durante los cuales Drew se convirtió en el arquitecto de moda. Algunos cambios se habían producido. Había subido el

suelo a su secretaria, le repetía una y mil veces que le era absolutamente indispensable, que sin su ayuda y colaboración él estaría perdido, completamente perdido... pero todo esto poco o nada representaba para ella. Lo que le importaba, en realidad, era que día por día, hora por hora, su amor se había ido acrecentando, convirtiéndola en la más feliz, y al mismo tiempo, la más desgraciada de las mujeres. ¡Cuánta dicha y cuánto tormento se condensaban en aquellas horas que Sylvia pasaba junto a Drew, oyéndole hablar, viéndole trabajar, moverse, actuar, siempre indiferente a sus encantos, pero siempre correcto, amable, sencillo, conchal, afectuoso.

Si Jussep tenía razón, Alejandro era un cínico, pero ¡un cínico tan simpático! No creía en el amor, se rodeaba siempre de mujeres frívolas y fáciles como Lila, no quería tomarse la vida en serio, pero ¿qué importaba todo esto? Ella le quería, le quería irremisiblemente, perdiéndolo, le habría dado todo, todo para ser una de aquellas mujeres que pasaban pasajeraamente por la vida de Alejandro, sin dejar huella.

Por esto y sólo por esto había aceptado aquel contrato, que de habérselo propuesto otro hombre habría sido rechazado de plano. Por eso aceptaba convertirse en la señora Drew de nombre, sólo de nombre, porque bien sabía ella lo que significaba aquel casamiento. Ningún acercamiento, ninguna garantía, ningunas pro-

mesa de aquel hombre al que ella quería tanto, tanto, tanto...

Pero ahora, al oír de labios de Drew la proposición de casarse aquella misma tarde, sintió un escalofrío recorrerle todo el cuerpo y experimentó un sentimiento de miedo, ¡sí! de miedo. Miedo a cometer una locura que pudiera precipitarse en un abismo en el fondo del cual había lágrimas, y dolor, y celos y desesperación...

—No... ¿no podríamos esperar el sábado? — arguyó, por fin, tímidamente.

—¡El sábado! ¡Imposible! Debo asistir a una fiesta el viernes.

Sylvia vaciló unos instantes. Cerró los ojos, tal vez para cobrar audacia y dar el salto al abismo tan temido y...

—Está bien — aceptó.

—Entonces, esta tarde a las tres en la Alcaldía.

—Perfectamente. Pero permítame que se lo apunte en su carnet, para que no se le olvide...

—arguyó la secretaria que tenía fundados motivos para dudar de la memoria de su jefe.

Así fué como se casaron Alejandro Drew, el arquitecto más famoso de todo Norteamérica, y su secretaria Sylvia Parker. Encontrándose simplemente en la Alcaldía a la hora señalada, sin invitados, sin otros testigos que los indispensables, sin parientes, sin amigos... Estamparon sus firmas al pie del contrato matrimonial, como lo habían hecho al pie del pre-contrato matrimonial. Cuando salieron de la Al-

caída, Drew preguntó a su flamante esposa.

—Estaba un poco nervioso, y no sé por qué...

—No, no estaba usted nervioso, sólo que, empezó usted besando al juez y dándome a mí diez dólares... — repuso Sylvia, riendo.

Subieron al coche, Sylvia contempló el anillo de boda que su marido le había comprado aquel mismo día. Le parecía un poco grande. Drew se excusó.

—No tenía la menor idea de la medida de su dedo...

—¡Oh, está perfectamente! — repuso la esposa—. Además, no voy a llevarlo nunca. Sólo cuando sea absolutamente necesario, quiero decir, cuando sea conveniente para usted. A propósito, ¿va usted a San Francisco?

—¿Quién me hace la pregunta, la esposa o la secretaria? — inquirió Drew, sonriendo.

—La secretaria, por supuesto. Su vida privada está al margen de todo. Comprendo perfectamente que lo nuestro es solamente un negocio.

—En todo caso, el lunes estaré de vuelta.

—Entretanto, probablemente los diarios desearán contar alguna historia acerca de nuestro matrimonio. ¿Qué debo decirles a los periodistas si se empeñan en someterme a un interrogatorio?

—Es usted una mujer ideal, Sylvia. Piensa siempre en todo. Pues bien, vamos a ver lo que les diremos a los chicos de la Pren-

sa. Hay que estar en todo. ¿Tiene usted lápiz?

La esposa había dado paso a la secretaria. En un momento, Sylvia había requerido el lápiz y el carnet de notas y se disponía a tomar taquigráficamente lo que más tarde debería decirles a los periodistas.

—El romance amoroso de Alejandro Drew y su bella secretaria la señorita Sylvia Parker, ha culminado en boda. Esta misma tarde el juez ha unido en matrimonio a la feliz pareja. Es de esperar que su amor sea eterno como la felicidad que les espera...

Llegaron a casa de Sylvia. La despedida de la «feliz pareja» cuyo amor debía ser eterno, fue breve. Drew debía tomar el avión para San Francisco.

—Adiós, Sylvia, gracias por todo —le dijo amablemente—. La llamaré a usted desde allí. Hasta el lunes sin falta.

Sylvia entró en su casa. Avanzó lentamente por el hall. Dejó caer las cosas que llevaba en la mano sobre una silla. Entró luego en su cuarto de dormir, se acercó a la cama, se echó sobre ella... y hundiendo el rostro en la almohada empezó a sollozar perdidamente.

¿Cuánto rato permaneció así? Ni ella misma habría podido decirlo. Vino a distraer su dolor el timbre del teléfono. Sylvia se levantó lentamente, como si le costara un gran esfuerzo, se acercó al aparato, descolgó el auricular. La voz de Fraser se dejó oír ale-

gre y cariñosa como siempre.

—Sylvia, ¿eres tú? Te he estado llamando toda la tarde al despacho. ¿Qué ha sucedido? Siempre me decían que estabas fuera...

El rostro de la joven se animó. Esbozó una sonrisa.

—¡Oh, Fraser! Cuánto me alegro de que hayas llamado. Estaba muy triste...

—Lo presentía. Por eso he llamado. Yo sé que estás triste, pobre Sylvia. Pero estoy aquí para consolarte, para animarte, para hacerte reír, ¡sí! para hacerte reír. Es para lo único que sirvo.

—¡Idiota! —reprochó Sylvia que gustaba de llamarle siempre así—. ¿Qué? ¿Qué dices? ¿Que si quiero salir esta noche contigo? ¡Claro que sí! ¡Encantada! Estaré lista dentro de quince minutos. Hasta ahora mismo.

A la hora señalada estaba Fraser y su roadster frente a la casa de Sylvia. Un minuto después, la joven entraba en el coche. Sylvia no parecía la misma mujer de un rato antes, que lloraba desesperada en la soledad de su cuarto de soltera, con el rostro hundido en la almohada. Estaba contenta, tan contenta, que le dijo alegremente a Fraser.

—¡Oh, querido! ¡Eres muy bueno, muy bueno conmigo! Me sentía muy triste cuando me telefoneaste.

—A propósito, Sylvia. ¿Podrías decirme dónde estuviste esta tarde? ¿Someteda siempre a este negocio?

Sylvia sonrió. El apodo de «negro» que Fraser acababa de dedicar a Drew le parecía graciosísimo.

—Has acertado.

—Tal vez sería mejor pararnos delante el primer teléfono público para preguntarle si deseaba que fueras a trabajar a su casa.

—¡Oh, no! Se ha ido a San Francisco.

—¡Alabado sea Dios! —pronunciaron los labios de Fraser—. Esto es bueno por él, bueno por ti, y bueno por mí. ¡Es maravilloso! Dime, ¿por qué te sentías tan triste esta noche?

—Ya te lo contaré más tarde. Por de pronto, dime a dónde me llevas.

—Te diré. Dado tu estado de ánimo, creo que lo mejor sería... un paseo a la luz de la luna, un cielo estrellado... y... ¿recuerdas Sylvia lo que te conté acerca de aquella película que había visto?

—Sí.

—Pues bien. ¿Quieres que te repita lo que le dijo el horticultor a la muchacha en una noche de luna como ésta, bajo las estrellas?

—No, Fraser —pronunciaron los labios de la joven—. Ya te lo he dicho. No serviría de nada.

Media hora después, la luna y las estrellas se habían ido a paseo. Llovía a torrentes. No quedaba otro recurso que refugiarse en bajo techado. Decidieron ir a casa de Sylvia.

Transcurrió el tiempo casi sin

sentir. La joven gustaba de la compañía de Fraser aquella noche más que ninguna otra. Tal vez porque la presencia del joven la mantenía un poco al margen de aquel dolor que volvería a atenazarla apenas se hallara de nuevo sola. Pero era ya muy tarde.

—Fraser —dijo ella, al fin—. Deberías marcharte.

—¡Oh, no hables así! No quiero marcharme todavía.

Estaba sentado a su lado, cerca, tan cerca de ella que habría podido abrazarla con solo hacer un gesto. Deseaba ardientemente hacerlo, y, sin embargo, Sylvia sabía que no lo haría, que no sería capaz de tocar la orla de su vestido si ella no daba pie para ello. Fraser era el mejor de los hombres, el más enamorado, el más sumiso, el más respetuoso, el más sincero. Era joven también, y apuesto y elegante, tanto como pudiera serlo Drew. ¡Oh! ¿Por qué no se habría enamorado de él en lugar de enamorarse de aquel «negrero»? Por unos instantes, Sylvia, que presentía el dolor que volvería a atenazarla apenas Fraser la abandonara, deseó con toda su alma que se produjera aquel milagro.

Fraser hablaba, y como siempre, era para hacerla reír con sus ocurrencias. Acababa de decirle por centésima vez, desde que se conocían, que estaba enamorado de ella y que deseaba casarse. Y, sin duda, para convencerla de lo ventajoso de su pro-

posición, le estaba ponderando sus cualidades.

—Fíjate, Sylvia, en estos comparados que he hecho. ¿No te han parecido excelentes? Pues con la misma maestría y habilidad te hago una tortilla, o te aso un cordero, y luego lavo los platos. El mundo está lleno de mujeres que se vuelven locas por un marido como yo... Mi sueldo no es una cosa del otro mundo, pero tampoco es una cosa despreciable. Gano ciento cincuenta dólares semanales. Soy honesto, sincero, bueno como el pan...

Se había acercado a ella, sin que Sylvia hiciera un gesto para rechazarlo. Por un instante creyó que iba a alcanzar el cielo. Sus brazos enlazaban el talle querido, su boca se había acercado a la de ella. Fue un momento solo. En seguida, ella con un gesto discreto lo apartó de su lado.

Eran las tres de la madrugada. Sylvia fué la primera en apercibirse. Se lo hizo notar a Fraser haciéndole la observación de que debía marcharse. Pero él no se iba; se obstinaba en permanecer allí, como si presintiera que por mucho tiempo le sería vedado repetir aquel placer.

—Si estuviéramos casados, Sylvia, yo podría permanecer aquí toda la noche. Pero en fin, puesto que te empeñas, me marcho. ¿Puedo, al menos, despedirme de ti con un beso?

No habría sido la primera vez que lo hiciera. En algunas ocasiones sus labios habían rozado las mejillas de aquella dulce

criatura a la que quería con un amor tan grande y tan perfecto, que para expresarlo no podía encontrar otras palabras que aquellas eternas declaraciones humorísticas bajo las cuales ocultaba un sentimiento profundo, intenso, jamás experimentado hacia ninguna otra mujer. Pero ahora Sylvia le rechazó resacientemente. Fraser la contempló unos instantes en silencio, con una mirada que había dejado de ser amorosa para tornarse escrutadora. Al fin le preguntó:

—Querida, ¿qué te sucede esta noche? Algo raro te ocurre. Hace mucho rato que lo he notado. Estás nerviosa, desasosegada...

—No se le escapa nada — respondió ella—. Pues bien, sí. Me ha sucedido algo. Te lo habría debido decir antes. El señor Drew...

—¿Te ha faltado al respeto este... «negro»?

—No.

—Es que sería capaz de romperle las narices... — chilló Fraser amenazador, y completamente decidido a cumplir su palabra.

—Te he dicho que no me ha hecho nada. No seas ganso. Lo único que hizo fue... fue casarse conmigo esta tarde.

La sorpresa que experimentó Fraser al oír aquella inesperada revelación, le hizo perder la palabra durante quince minutos.

CAPÍTULO IV

Escaramuzas

Dos días después (era sábado y Sylvia no esperaba a su jefe hasta el lunes) la joven ocupaba su puesto de secretaria en la oficina de su marido.

Había despachado algunos asuntos, contestado varias llamadas telefónicas, leído multitud de telegramas de felicitación por su boda, y ahora hablaba con Laura acerca de aquel acontecimiento. Su compañera no sabía todavía del asombro que la noticia le había provocado. Al leerla en los diarios había leído que volvería a leer cuatro o cinco veces para convencerse de que todo aquello no fuera una invención de los traviosos críticos de la Prensa, decidió preguntárselo a la misma interesada, la que contestó afirmativamente.

—Pero... ¿Por qué te casaste con él sin habérme comunicado nada? — le reprochó ofendidísima.

—¿Quieres saberlo? Pues... porque estaba enamorada de él.

Laura hizo un gesto de disgusto.

—Lo siento por ti, Sylvia. Cuando leí la noticia creí que lo habrías hecho por su dinero. Esto habría sido menos malo...

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Quieres saberlo? No me gusta ver sufrir a las personas que quiero. Y créeme, querida, si realmente amas a Alejandro Drew,

vas a tener que sufrir mucho.

—¿Acaso tú no estás enamorada de Enrique?

—No compares, Sylvia. Si, quiero a Enrique, pero él no es Alejandro Drew. Y además, ¿quién te dice a ti que yo no sufre?

Llamaron al teléfono. Era un cliente que preguntaba por Alejandro. Por centésima vez durante aquella mañana, los labios de Sylvia hubieron de pronunciar las mismas palabras: «El señor Drew está ausente de la ciudad».

Laura hizo un comentario amargo.

—¡Bonita historia de amor la vuestra! Casado hace dos días y el marido ausente. Alejandro Drew, el gran arquitecto, pasando la luna de miel solita.

Sylvia no contestó. ¿Qué habría podido objetar? Pensaba en las palabras de su amiga: «Si tú realmente amas a Alejandro Drew, vas a tener que sufrir mucho». ¿Tendría razón Laura? Aquella boda descabellada, ¿iba a depararla solamente lágrimas? ¿Se había lanzado a ella como quien se echa a un abismo, sin pensar ni medir las consecuencias que su acto pudiera depararle? ¿Resultaría algo equivalente a un suicidio?

La visita de una desconocida vino a cortar el diálogo de las dos amigas. Se trataba de una mujer joven, bonita, de aire muy decidido y actitud insolente, que dijo llamarse princesa Bouladoff y tener precisión de ver a Alejandro. Sylvia le dijo que no es-

taba en la ciudad, pero ella insistió en verlo. La secretaria hubo de asegurarle que se hallaba en San rancisco, en viaje de negocios. La recién llegada le reprochó entonces no habérselo dicho antes. Sylvia se excusó diciéndole que no le había dado tiempo de hacerlo. Y cuando la joven al ir a apuntar el nombre de la visitante en su carnet de notas le preguntó si su apellido se escribía con una o dos ees, la desconocida repuso:

—No se preocupe por una eie de más o de menos. Dígame sencillamente que «Cherry» ha estado en la oficina a verla. El ya entenderá. Dígame, también, qué me llame al Roxfield.

Apenas había salido la visitante, entró en la oficina... ¡Alejandro Drew en persona! Sylvia al verlo soltó una exclamación de sorpresa:

—¡Señor Drew! No le esperaba a usted hasta el lunes.

—Terminé mis asuntos más pronto de lo que creía.

—Espero habrá tenido buen viaje.

—Excelente, gracias. He visto multitud de amigos...

—Le voy a preparar un poco de bicarbonato... — dijo intencionadamente Sylvia.

—Gracias. He recibido un sin fin de telegramas, felicitándome por mi casamiento.

—También aquí se han recibido muchos. ¿Quiere usted verlos?

—Más tarde. ¿Algo de interés?

—Nada, señor Drew.

Alejandro cogió el papel en el cual Sylvia había ido apuntando el nombre de los visitantes.

—Maka, Proctor, Jessup, Burnside, princesa Bouladoff. ¿Quién es esa princesa Bouladoff?

—Vino hace pocos minutos...

—Jamás oí este nombre. ¿Cómo era?

—Tal vez le diga algo el nombre de «Cherry»... —insinuó Sylvia.

—¡Oh, Cherry! ¡Querida amiga Cherry! Hace años que no sabía nada de ella.

Iba a pedirle a Sylvia que llamara por teléfono al Rosfield, pero ya ella se había anticipado a hacerlo. Mientras esperaban la comunicación, Drew inquirió:

—¿Qué tal está ella?

Su secretaria, mejor dicho, su mujer, no pudo contestarle porque la princesa se había puesto al aparato, y un instante después Drew oyó la cristalina voz de su amiga saludándole cariñosamente.

—¡Cherry! ¡Querida! —repuso Drew y su rostro, que tenía un vago aspecto de cansancio se animó inmediatamente—. ¿Qué estás haciendo en América.

La voz de Cherry le comunicó a través del hilo telefónico, que desde hacía dos años era la princesa Bouladoff. Que el príncipe no estaba con ella por la sencillísima razón de que no le era posible mantenerla, porque la primera esposa había dejado de pasarle la asignación mensual que había decidido otorgarle pa-

ra que la dejara libre... Drew sonrió a la idea de imaginarse a Cherry convertida en una princesa.

—Bien, bien, Cherry. Por supuesto tenemos que vernos. ¿Qué le parece si organizara una fiesta para mañana por la noche? ¿Sí? Entonces hasta mañana... Encantado de oír tu voz, y más encantado de saber que te hallas aquí... Adiós, querida...

Colgó el teléfono. Miró unos instantes a Sylvia y...

—Apunte. Mañana por la noche, fiesta en honor de la Princesa Bouladoff.

—¿Cuántos huéspedes?

—No muchos. Ocho o diez, para pasar juntos el fin de semana. Después, para el baile de la noche del domingo, podremos invitar algunos más. Llame usted a los Burnside, Joan Stanford, Arthur Watson, y... ¿Se le ocurre a usted alguien más?

—¿El señor y la señora Miller?

—¿Se ha vuelto usted loca? Desde luego Cherry es una muchacha que está perfectamente en ciertos ambientes, pero los Miller son, ¿cómo diría yo? Son gente demasiado decente para rozarse con ella. En cuanto a usted...

—Desde el momento en que no piensa usted invitar a la gente decente yo creo que mi presencia allí...

Los ojos azules de Drew contemplaron unos instantes a su secretaria con una expresión de profundísimo asombro. No eran

sólo las palabras que había pronunciado, sino el tono con que las acababa de decir, las que le habían sorprendido. Realmente no las esperaba. No la habría creído nunca capaz de pronunciarlas.

—¡Por Dios! — insinuó y su tono era de inconfundible ironía—. ¡Por Dios, señorita Parker, no sea usted tan susceptible! No quisiera que se tomara usted las cosas tan al pie de la letra. Los Millers son una gente aparte. Yo le ruego tenga usted la bondad de venir a pasar con nosotros el fin de semana. Si luego quiere marcharse, es usted libre de hacer lo que le parezca. No olvide que a los ojos de todo el mundo acabamos de casarnos y por lo tanto deberíamos estar en nuestra luna de miel. Debemos guardar las apariencias aunque sea por una corta temporada.

—Y desea usted que como tal reciba yo a Cherry.

—No complique usted la situación, señorita Parker, se lo ruego. Habría sido mejor que usted le hubiese explicado todo desde un principio.

Hubo una pausa embarazosa. Parecía inminente un choque entre marido y mujer, para decirlo mejor, entre jefe y secretaria. Pero éste no se produjo, por voluntad de Sylvia, que cambiando bruscamente de actitud dijo sonriendo:

—Está bien, señor Drew. Si quiere usted que vaya, iré con mucho gusto. No se hable más de ello.

Esta conversación había tenido lugar mientras Drew se afeitaba. Solía hacerlo muchas veces en el mismo despacho, al regreso de un viaje. Sylvia y él se habían estado contemplando mutuamente sus imágenes reflejadas en el espejo. Ahora la gentil secretaria, después de haber dado su aquiescencia a la súplica de Alejandro, se había apresurado a retirarse a su despacho, cerrando la puerta detrás de sí. Apenas lo había hecho, ésta se abrió de nuevo, y el rostro medio rasurado de su jefe apareció en ella para decirle con un tono de claro enojo:

—Señorita Parker. Desearía que perdiera usted esta fea costumbre de marcharse cuando yo todavía tengo algo que decirle.

—Perdone usted, señor Drew —repuso la empleada.

—Quería hablar con usted acerca de su pareja...

Y como Sylvia hiciera un gesto de asombro:

—Sí, su pareja en la fiesta. Trágase algún conocido para pasar el fin de semana.

La joven pareció comprender. Una sonrisa amarga floreció en sus labios.

—No se preocupe por ello, señor Drew — dijo al fin—. Conozco varios caballeros que no tienen demasiados escrúpulos en codearse con cierta gente. Procuraré agenciarme uno de ellos.

Había pronunciado aquellas palabras con un tono incisivo y cortante, mirando desafiadora a Drew. Verdaderamente, aquel

primer día de casados no se presentaba muy optimista.

—Otra cosa quiero decirle— hizo observar el arquitecto aparentando no haberse apercebido del enojo de su secretaria—. ¿Tiene usted vestuario? Quiero decir a...

El tono de su mujer se hizo ahora sarcástico. Las cosas iban de mal en peor. Drew no acertaba ni una.

—No se preocupe por ello, señor Drew. Por nada del mundo querría exponerle a usted caer en el ridículo por culpa mía, sobre todo delante de sus amigos.

—Deseo que vaya usted a Madame Flora y escoja lo que mejor le parezca. Por supuesto cargué el gasto en mi cuenta.

—Iré donde me plazca mejor y escogeré lo que me plazca y pagaré con mi dinero, señor Drew—fué la clara y rotunda respuesta de su secretaria.

—Hay algo más todavía— prosiguió Alejandro impertérrito—. Delante de mis amigos le ruego sustituya usted el ceremonioso señor Drew por el diminutivo de Alex.

—Me lo anotaré para no olvidarlo... señor Drew.

CAPÍTULO V

La fiesta

No cabía la menor duda de que Alejandro Drew sabía gastar espléndidamente el dinero que le

pródigamente ganaba con la construcción de sus soberbios edificios de mármol y de granito. Digalo sino el lujo y el derroche de que hacía gala en aquella fiesta organizada para celebrar su nuevo encuentro con la tantsidora y bellísima princesa. Una orquesta mexicana había sido contratada para amenizar la velada con sus ballables, un buffet magníficamente servido, un bar en el que se prodigaban las bebidas más variadas y costosas. La alegría y la frivolidad presidían la fiesta, a la que habían sido invitadas todas las «cabecitas ligeras», que eran la mayoría de los amigos del arquitecto.

Wallace Burnside, el diabólico Wally que había sido indirectamente el culpable del casamiento de Alejandro, había bebido más de la cuenta, a pesar de que la fiesta estaba todavía en sus comienzos. Hablaba con Poochie, una chica de las que no tenía inconveniente alguno en rozarse con todas las princessas Boudinoff del orbe entero, y el muy maliciosillo le estaba preguntando si era casada o soltera. Era esta una pregunta que tenía la manía de hacerles a todas las mujeres jóvenes y bonitas que se cruzaban en el camino de su vida.

La respuesta de la muchacha fué negativa. No, no, ella no estaba casada ni falta que le hacía. Pero la curiosidad de Wally no se dió por satisfecha por cuanto siguió haciendo preguntas.

—En caso de haberlo tenido ¿lo habría traído consigo?

—¿Debo contestar «sí» o «no»?

—Inquirió la asombrada Poochie.

—Debe contestar sí.

—Entonces... no — repuso la interrogada muy decidida.

—¿Sabe usted escribir?

—Un poquito.

Y sin duda para probarle la absoluta veracidad de sus afirmaciones la traviesa muchacha requirió un lápiz y escribió en la alba pechera de la camisa de su compañero, sus iniciales.

—¿Y números de teléfono?

—También.

Repitió el juego, consignando su número de teléfono, y luego, mirando a Wally con ojos maliciosos, aconsejó:

—Ahora no lleve usted esta camisa a la lavandera.

Mientras tanto, la mujer de Pally estaba hablando a una amiga suya acerca de la flamante esposa de Drew.

—Ya la verás. Es una chica encantadora. Yo la había visto muchas veces en la oficina y siempre me había gustado. Tengo la seguridad de que a ti también habrá de gustarte.

Drew reparó de pronto en un invitado desconocido. Era un hombre joven, alto, fuerte, de ojos azules, elegantemente vestido. Se lo quedó mirando unos instantes, tratando inútilmente de recordar si había visto su rostro en alguna parte. No, decididamente no lo conocía. Lo peor del caso era que el pobre no debía tampoco conocer a nadie de los allí reunidos, porque ponía

cara de aburrido. ¿Quién lo habría traído allí? Si en aquel momento le hubiesen dicho que aquel hombre había acompañado a Sylvia en su noche de bodas y había permanecido con ella hasta las tres de la madrugada no lo habría creído. Porque el desconocido con cara de aburrimento era Fraser en persona, y era, por una rara casualidad el único invitado que la señora Drew había traído a aquella fiesta.

Se fué derechamente hacia él, decidido a hacer los honores de

—Buenas noches.

la casa, y le saludó amablemente.

—Buenas noches — repuso el invitado.

—Permitame que me presente. Soy Alex Drew, el dueño de la casa.

—Sí, sí, ya le conozco.

—¿Cómo dijo usted que se llamaba?

Fraser sonrió.

—No lo he dicho todavía.

Juana Stanford se había acercado a Drew. No por nada, sino porque le había visto hablando con un joven verdaderamente encantador. Decidió dedicar a éste la más encantadora de sus sonrisas y sin esperar a que él aclarara el asunto de su apellido, le preguntó:

—¿Baila usted la rumba?

—Bastante mal—repuso el interrogado.

—No se preocupe. Tampoco yo sé bailar. Tal vez será mejor que vayamos a sentarnos a algún rincón para charlar un poco.

Contra lo que era de esperar tratándose de una mujer joven tan bella, Fraser no pareció muy encantado con la idea de aislarse con ella, ni mucho menos entablar conversación.

Fraser buscaba ansiosamente a Sylvia, pero la gentil señora de Drew no aparecía por ninguna parte. Por ella y sólo por ella había decidido asistir a aquella fiesta. Después de la revelación que la noche del día en que contrajo matrimonio le había hecho Sylvia, y de su explicación relativa a los motivos que la habían impulsado a casarse con su jefe, Fraser se había prometido solemnemente no volver a ver a la dueña de sus pensamientos, a aquella mujercita adorable y adorada que tanto le había hecho sufrir, de la que estaba perdida e irremediablemente enamorado. Pero le bastó oír su voz por teléfono, le bastaron a ella unas cuantas palabras de súplica para que los propósitos de Fraser se fueran por los suelos y accediendo una vez más a su capricho, se prestase a asistir a la fiesta. El eterno femenino había vencido. Sylvia triunfaría siempre sobre la voluntad de Fraser, como Drew triunfaba siempre sobre la de Sylvia. Era la ley del amor, cruel e inexorable para sus víctimas. Fraser sufría por culpa de Sylvia, ésta sufría por culpa de Drew, y Drew el frívolo, el inconsciente, se aprestaba a seguir su vida de amores fáciles con aventureros como la princesa Bouladoff o mujercitas alegres y costosas como Lila.

Ninguna de aquellas bellas criaturas que Drew había invitado a la fiesta conseguía atraer la atención de Fraser, concentrada en una sola mujer, Sylvia, ¿qué se habría hecho de ella? ¿Por qué no había aparecido todavía por el salón de fiestas?

De pronto apareció ELLA. Pero como era de rigor, tratándose de una esposa en pleno disfrute de su luna de miel, en lugar de dirigirse a él, se fué derechamente en busca de su marido. Este la vió avanzar atónito. La Sylvia Parker que aparecía ante sus ojos era una mujer totalmente distinta a la que durante cuatro años se había acostumbrado a ver en su despacho discreta y atenta, vestida con elegante sencillez. Su mujer o su secretaria —no sabía cómo llamarla— vestía aquella noche un traje elegantísimo, descolado, audazmente descolado. Iba peinada a la última moda, maquillada, su cuerpo delgado y ondulado, resultaba irresistiblemente provocativo bajo aquella leve vestidura de tisa. Fué tan grande la sorpresa experimentada por Alejandro, que perdió el resuello durante unos minutos, y no volvió a recobrarlo hasta que ella estuvo a su lado saludándole con cariñosa familiaridad, como correspondía a una esposa solícita y enamorada.

—¡Hola, Alex! ¡Querido!...

Los ojos de su marido seguían contemplándola con un asombro que empezaba a traducirse por admiración. Fué con un tono de absoluta sinceridad que elogió:

—Jamás habría podido soñar



¿Qué le sucede, señorita Parker. Por qué me mira de este modo? — comentó Alejandro Drew.



— Señorita Silvia: He llegado a la conclusión, de que lo único que debo hacer es casarme. ¿Quiere Vd. ser mi esposa?



La secretaria del famoso arquitecto recibió tan flores que produjeron la realización de sus ilusiones.



Silvia se disponía a tomar taquígráficamente, lo que más tarde, debería decir a los periodistas.



Fraser, la contempló unos instantes en silencio.



Todavía Alejandro aplaudía el ballabie que la orquesta había terminado, cuando se encontró con Fraser que se hallaba junto a su esposa.



— Díga, dígame Vd. — preguntó Alejandro —: ¿Dónde se encuentra mi mujer?



Alejandro Drew pronunció quedamente a oídos de su esposa, aquellas palabras que les prometían la felicidad que hasta entonces no habían conseguido.

nada tan exquisito como mi mujer esta noche...

—Es el vestido — repuso sentiblemente Sylvia.

Los labios de Drew iban sin duda alguna a pronunciar un nuevo elogio que ella había leído previamente en sus ojos, pero enmudecieron al ver acercarse a Alma, que saludó cariñosamente a su esposa.

—¡Qué placer verla de nuevo, Sylvia! ¡Esta usted maravillosamente hermosa!

La actitud de Drew respecto a su mujer pareció haber cambiado de repente. Fué casi con un tono de mando que le pidió le ayudara a hacer los honores de la casa.

—Con muchísimo gusto, querido. Yo te ayudaré — dijo melosamente su cara mitad.

Alma, conmovida al ver aquella enternecedora admisión conyugal no pudo menos de exclamar:

—¡Qué cosa tan maravillosa es el amor!

Sylvia fué presentada a multitud de gente, cuyos rostros le eran en absoluto desconocidos. También ella buscaba con los ojos a Fraser sin poder hallarlo. Y es que el enamorado galán continuaba acaparado por Juana. Al fin logró descubrirlo y le llamó alborozada.

—¡Oh, Fraser! ¡Ven aquí, a que te presente!

Saludos, cortesías, apretones de manos, palabras banales, de todo hubo. La flamante señora Drew empezó a dar pruebas pal-

pables de haberse adaptado fácilmente al nuevo ambiente, al decir a su amigo presentándola a Alma.

—La señora Burnside, una de las mujeres más encantadoras que hayas podido conocer. Tiene un solo defecto, ¡el único! Su marido.

—Todos rieron la amable ocurrencia de la gentil anfitriona.

La orquesta acababa de atacar los primeros compases de un fox. Fraser invitó a bailar a Sylvia. Esta aceptó. El joven la enlazó por el talle y se perdieron entre el torbellino de la danza. Drew, que estaba haciendo los honores de la casa en otro extremo del salón vió de pronto la pareja formada por su mujer y el desconocido con el que había estado hablando un momento. Poochie, la traviesa Poochie, acababa de acercárselo, y no hubo más remedio que invitarla a bailar. Un instante después las dos parejas se encontraban en la pista. Sylvia, al ver a su marido, se paró un instante para decirle:

—Querido Alex! Permíteme que te presente a mi amigo Fraser James.

—Ya nos conocíamos — repuso Drew, irriamente.

Siguieron bailando, alejaronse las parejas y Fraser, después de haber mirado unos instantes en silencio el rostro de Sylvia, en cuyos labios vagaba una sonrisa, le preguntó:

—Dime, querida, ¿Por qué me has hecho venir aquí?

La esposa de Alejandro Drew tardó unos momentos en contestar. Fraser buscó sus ojos, que rehuyeron su mirada. Al fin, dijo con un tono que pretendía ser frívolo y no lo conseguía enteramente.

—Perdona, Fraser. Me encontraba muy sola. Toda esta gente me es extraña. Deseaba tanto tener cerca de mí un amigo esta noche...

Sintió el brazo de Fraser estrecharle suavemente la cintura, como si quisiera agradecerle con aquel gesto cariñoso las palabras que acababa de pronunciar. Luego él siguió preguntando.

—¿Y toda esta gente conoce los términos de tu contrato matrimonial? Sabe que te has casado con Drew sólo y únicamente para ahorrarte el pagar la mitad de los impuestos sobre sus rentas, y también para evitarle comprometerse con las mujeres. ¿Lo sabe acaso?

—No.

—Entonces...

—Entonces... ellos creen que estamos locamente enamorados. Eso es todo.

—Sylvia, —dijo Fraser después de una corta pausa—. He estado pensando en todo lo que me dijiste. ¡Es horrible, sencillamente horrible! Una mujer joven como tú, hermosa como tú no puede vivir sin amor. Yo te quiero, tú lo sabes y no puedo consentir que...

La mano de Sylvia oprimió la

suya, pero las labios de la amada suplicaron.

—¡Por favor, Fraser! Todo el mundo nos está mirando.

—En efecto, si no todo el mundo, como decía Sylvia, por lo menos muchos de los invitados tenían la vista fija en la pareja formada por Fraser y la esposa de Drew. Pero hay que decir en honor de ambos, no era precisamente para criticarlos, sino para hacer el elogio de ambos. Los hombres encontraban bellísima a la ex secretaria de Alejandro Drew, convertida ahora en su mujer, las muchachas encontraban extraordinariamente guapo y apuesto al galán.

Todos aquellos murmullos habían llegado a oídos de Alejandro. Contra lo que había sido de esperar, el hecho de que encontraran tan encantadora a Sylvia, no pareció alegrarle demasiado. Y mucho menos el hecho de que encontraran tan atractivo al joven que bailaba con ella. Aprovechando un momento en que la orquesta había terminado un ballable y las parejas se habían parado, aplaudiendo para que lo bisarran, se acercó a ambos y preguntó con aire impertinente.

—Divirtiéndose mucho, ¿no es cierto?

—Muchísimo, señor Drew. Gracias. Su fiesta resulta sumamente encantadora.

Y como la orquesta empezaba de nuevo a tocar, Fraser valió el tallo de su amiga dispuesto a seguir bailando con ella. Drew le

tocó ligeramente por el hombro.

—¿Me permite terminar este baile con mi mujer? —inquirió con tono de forzada amabilidad.

Y volviéndose a su propia pareja:

—Poochie. El señor estará, sin duda alguna, encantado de bailar contigo.

El joven compañero de Sylvia tuvo una frase ocurrente, digna del ambiente en que se desenvolvía la fiesta. Se dirigió a su pareja, y le dijo con entonación festiva:

—Sylvia. Supongo no tendrás inconveniente en bailar con tu marido...

—¡Oh, no, de ninguna manera! —repuso la interrogada exactamente en el mismo tono adoptado por él—. Forma parte de uno de mis deberes.

Todas rieron, incluso Drew, pero la risa de éste parecía un poco menos espontánea que la de sus compañeros. Volvió a interrogar al joven invitado:

—¿Cómo dijo usted que se llamaba?

—Mi nombre es...

El resto de la frase se perdió entre el ruido de la orquesta y de los bailarines, porque Fraser y Poochie se habían alejado ya. Drew se mordió los labios. No le gustaba aquel sujeto, cuyo nombre no había logrado saber. Le molestaba sobremanera aquel aire entre aburrido e insolente que adoptaba cada vez que la casualidad los ponía frente a frente. ¿Quién era? ¿Por qué había es-

tado bailando con Sylvia? ¿Por qué al hablar con ella lo hacía con aquel tono de familiaridad, como si se conocieran desde hacía mucho tiempo?

De pronto, le asaltó la sospecha de que pudiera ser su mujer la que le hubiese invitado a la fiesta. Esta sospecha estuvo muy lejos de resultarle agradable. Decidido a salir de dudas, iba a preguntárselo a su mujer, pero en aquel momento sus ojos vieron la deslumbradora figura de la princesa, que acababa de llegar a la fiesta.

«Cherry» era una mujer indiscutiblemente bella. Alta, rubia, elegante, exótica. Conocedora de sus atractivos físicos había sabido explotarlos siempre con gran ventaja para ella. Esposa divorciada de un magnate de las finanzas, casada ahora con el príncipe Bourzadoff, la antigua amiga de Alejandro Drew era lo que una persona amante de llamar las cosas por su nombre habría calificado de aventurera. Pero ninguno de los invitados que se habían congregado en los salones de la casa de Drew le habría negado el saludo por la sencilla razón de que ninguno de ellos, excepto Sylvia y Fraser, estaban lo suficientemente libres de culpa para poderle echar la primera piedra.

Alejandro corrió a su encuentro, dejando inmediatamente de bailar con su mujer. La presencia de ésta no fué obstáculo para que el arquitecto besara, sin escrúpulo alguno, a la recién llegada, ha-

mándola «querida», «tesoro» y muchas de aquellas palabras que gustaba tanto de prodigar en su intimidad. Cherry correspondió a sus saludos no menos efusivamente, y sólo cuando hubieron dado fin a sus besos y exclamaciones, Drew presentó a las dos mujeres:

—Mi mujer.

—Princesa Bourladoff.

Cherry soltó la carcajada:

—El mismo Alex de siempre — comentó.

—No, Cherry, no bromeo. Estoy verdaderamente casado.

Pero la princesa Bourladoff debía tener sobrados motivos para no fiarse de las palabras de Alejandro Drew, porque siguió empeñada en tomarse a broma la afirmación de éste:

—¡Vamoa, Alex! Ya sé que es tu secretaria.

—Peco...

Sylvia acudió en auxilio de su marido para deshacer el equívoco.

—Solamente durante el día, princesa — aclaró —. Es para mí un verdadero placer el conocerla. Alex estaba impaciente por verla. Hemos organizado esta fiesta exclusivamente por usted. Y ahora permítanme que los abandone unos instantes. Mis deberes de diéfa de casa me reclaman a otra parte. Además, tengo la seguridad de que ustedes desearán estar solos unos instantes para comunicarse sus impresiones. ¡Deben tener tantas cosas que decirse!

Cherry sonrió. Había estado contemplando en silencio la mujer de Drew, mientras ésta hablaba, midiéndola de arriba abajo con su mirada. Su estúpida vanidad la impidió ver que Sylvia era lo suficientemente joven y lo suficientemente bella para resultar una rival temible. Fue con un tono de exquisita cortesía que contestó las irónicas palabras de ella:

—Se muestra usted muy generosa para ser una recién casada. Verdaderamente, su marido y yo tenemos muchas cosas que contarnos después de tanto tiempo de no habernos visto. La última vez que hemos estado juntos estaba yo casada con mi primer marido... El príncipe Bourladoff

Sylvia se disponía a marcharse. Alex y Cherry a bailar juntos, o tal vez retirarse a un rincón a charlar de todas aquellas cosas que, según frase de la princesa, tenían que contarse; pero Wally, el travieso Wally, fué el inocente instrumento que el destino se complació en interponer entre ellos y el objeto de sus deseos. Wally hizo su aparición en aquel crítico momento, y, saludando a Cherry con grandes exclamaciones de gozo, la enlazó por el tallo dispuesto a no perder ni un minuto y a hacer suyo el honor de bailar el primer baile con ella. Ella intentó protestar:

—¡Pero si acabo de llegar! Además, quisiera bailar con Alex.

—¡Ah, no, eso jamás! —repuso Wally en tono festivo—. ¿Quieres volver a tus antiguas tretas?

Intentas interponerte entre los felices recién casados... ¡Ah, mujer coqueta y cruel! ¡No te saldrás con la tuya!

Y volviéndose hacia Sylvia:

—No tema usted. Yo la salvaré. Vamos Cherry.

Y sin hacer caso de las protestas de su pareja, la arrastró hasta la pista. Sylvia se volvió desolada hacia su marido:

—He hecho cuanto he podido para ayudarle —arguyó.

—Sí, sí, lo sé. Se está portando magníficamente.

Joaquín, el ayuda de cámara, se acercó a ellos para decirle a Sylvia que había colocado el equipaje de la princesa Bourliadoff en la habitación azul, y preguntarle si le parecía aquello correcto.

Sylvia preguntó a su marido con retintín:

—¿Te parece correcto, Drew?

—Correctísimo —repuso éste, a quien la intromisión de Wally había puesto de un humor de perros y no trató de ocultarlo.

Entretanto, el pobre Fraser estaba desempeñando uno de los papeles más difíciles que se le puede asignar a un hombre. El papel de «caballero» con una mujer que estaba deseando precisamente que dejara de serlo. Poochie la traviesa Poochie, se había empeñado en marearlo y lo único que había conseguido hasta aquel momento era sacarle de sus casillas.

El joven, huyendo de ella, se había refugiado en el salón de

billar y se disponía a distraerse un rato con aquel juego. Pero Poochie le había seguido hasta allí y no le dejaba vivir. Aquella frívola criatura, que una hora antes se entretenía graciosamente en garrapatear su nombre y su número de teléfono en la probeta de Wally, acababa de sentirse repentinamente interesada por aquel apuesto mozo, quien, en lugar de sentirse halagado por la preferencia de que le estaba haciendo objeto, se había empeñado en rechazar boco y humo a todo intento de acercamiento. Él quería jugar al billar, mientras que ella se empeñaba en que la acompañase al estanque del jardín. No había manera de conseguir que se pusieran de acuerdo.

—Hace un momento me prometió usted ir conmigo y enseñarme a remar.

Fraser, que se disponía a hacer una carambola, replicó malhumorado, apartándose suavemente:

—Le enseñaré mañana. Ahora déjeme usted.

—¿Y por qué no hoy?

—Porque hoy están secando el estanque.

Como no había modo de vencer a Fraser, Poochie se resignó a que la enseñara a jugar al billar. Este empezó a maldecir mentalmente el haber accedido a los ruegos de la cruel dama de sus pensamientos. ¿Por qué le había traído allí? ¿Qué papel era el que estaba jugando en la comedia? Por fin logró zafarse de Poochie y salió al jardín. Se sentía triste y aburrido. Habría que-

rido ir al encuentro de Sylvia, pero no se atrevía a hacerlo por temor a que se respiciera la cocina del baile. Si volvía a ocurrir algo semejante no estaba seguro de poder controlarse. Sentía que odiaba a Drew con toda su alma, y habría dado cualquier cosa para poder abofetear a aquel hombre frívolo y fatuo, al que en el fondo se su corazón despreciaba olímpicamente.

Oyó de pronto la voz de Sylvia llamándole por su nombre. Se volvió rápidamente. Allí estaba ella, más bella y más seductora que nunca, sonriendo y tendiéndole la mano. Fraser hubo de hacer un esfuerzo sobrehumano para no cogerla entre sus brazos y besarla, aunque hubiera de provocar un escándalo:

—¡Fraser! ¿Dónde has estado metido durante todo este rato? Te he estado buscando por los salones. Espero te habrás divertido...

—Sí, la fiesta me está resultando muy divertida y sobre todo muy provechosa. Me siento, ¿cómo diría yo? Me siento como un pez fuera del agua...

—Un pez fuera del agua... ¡Oh, Fraser! Me parece que has querido decirme algo...

—Sí, en efecto, he querido decirte algo... y me alegro que lo hayas comprendido.

—Lo siento en el alma, Fraser. No creas que yo me haya divertido tampoco.

Fraser sonrió amargamente, y con un tono de ironía cortante, que jamás había usado para di-

rigirse a ella, comentó:

—No sé por qué. Conmigo es diferente, pero tú... ¡tú!... Deberías estar encantada. Una fiesta maravillosa. Nada falta para hacer la vida agradable. Excelentes bebidas, gente frívola y alegre. Todos tus huéspedes locos por ti... Has conquistado la voluntad de todo el mundo. He sentido elogiar tus ojos, tu nariz, tu boca, tu pelo, tu vestido, tu elegancia. ¡Qué pareja ideal la que formáis tú y tu marido! ¡Enamorados como dos tórtolos! No comprendo como no... como no has estallado ya y les has dicho toda la verdad. No comprendo como has podido resistir que tu marido haya estado metiéndote por los ojos esta princesa de pacotilla.

Había hablado con rudeza, casi con brutalidad. Sylvia le dejó hablar sin interrumpirle, mirándole fijamente, con sus ojos grandes que habían ido adquiriendo una expresión de tristeza resignada, que era como un mudo reproche. Al fin, sus labios se plegaron en una sonrisa, y repuso en voz baja y pausada:

—No comprendo por qué habías así, Fraser. Mi marido no ha prestado más atención a la princesa de la que ha podido prestar a otra mujer cualquiera invitada a la fiesta. Ha bailado con ella solamente tres veces.

En el salón se había hecho repentinamente el silencio. Había enmudecido la orquesta y también la charla y el bullicio de los invitados. Sylvia se acercó a un ventanal desde el cual podía ver lo

que pasaba dentro. Los ojos ansiosos de la joven miraron a través del cristal y descubrieron la figura de Cherry sentada al piano. En seguida se oyó la voz de la princesa cantando una canción sentimental.

Ahora que eres nuevamente

*Me sonrío otra vez la felicidad,
Mi dicha no terminará ya nunca,
Porque he hallado al dueño
de mi corazón.*

Los ojos de Sylvia se llenaron de lágrimas, lágrimas que no llegaron a caer, porque ella fué soñando.

Se fué haciendo tarde. Sylvia había entrado de nuevo en la casa. La sinocida había desaparecido de su rostro, que había vuelto a adquirir la máscara de alegre trivialidad que el desempeño de su papel le imponía cruelmente. Nadie habría logrado descubrir en ella a la pobre secretaria, dulce y sentimental, y enamorada. Era la digna compañera de Alejandro Drew, el hombre que no quería tomarse la vida en serio. Aunque le desgarraba el corazón, ella sabría llegar hasta el fin de la farsa.

Con gran sorpresa suya, su marido le preguntó dónde había estado:

—No te he visto en toda la noche, querida.

—Será porque no te has preocupado de buscarme... —repuso ella en tono de chanza.

Y reparando en que la princesa

Baurdeloff había hecho un gesto de incontinente desagrado, le dijo con intención:

—Espero no habrá venido a estorbarnos. Tendrían ustedes muchas cosas que decirse.

—¡Oh, no, querida! —repuso la interrogada con la más dulce de sus sonrisas—. Estaba entreteniendo a su marido mientras esperábamos que usted viniera. Por cierto, que empezaba a inquietarse por la suerte que hubiera podido correr usted.

—¡Cuánto lo siento!

Los invitados se disponían a retirarse a sus habitaciones. Algunos estaban un tantillo alegres. El paseo que Sylvia había dado por el parque con su amigo, después de haber oído cantar a la princesa, había durado, por lo visto, más tiempo de lo que ella misma suponía. Su marido continuó preguntando con una insistencia que rayaba en impertinente:

—¿Qué has estado haciendo durante este tiempo? Me ha extrañado sobremanera no verte en ninguno de los salones. Verdaderamente no puedo decirte que hayas hecho los honores de la casa.

—Fui a dar un paseo por el jardín —repuso Sylvia displicente.

—Sola... ¿O con algún amigo? El señor Fraser, por ejemplo, —insinuó aviesamente Cherry—. Tal vez sea un poco peligroso para las jóvenes recién casadas en plena luna de miel el dar paseos por el parque a la luz de la luna con galanes que no son sus maridos...

La respuesta de Sylvia fué la única que merecía la impertinencia de la princesa:

—No resultan peligrosas siempre y cuando la mujer no se detenga por el camino.

—No comprendo —frugó Cherry.

—Y tú... ¿le detuviste alguna vez? —insistió el marido.

Drew había hecho la pregunta con un tono levemente irónico, pero el contenido de la misma resultaba matérico y de un gusto deplorable. Pero como la había hecho sonriendo, sonriendo le contestó ella:

—Una sola, querido... Para cobrar aliento.

Hubo una larga pausa, embarazosa y elocuente. Las miradas de Sylvia y la princesa se cruzaron. Los ojos de la primera tenían un brillo extraño. Pero no era ya el de las lágrimas que había estado a punto de derramar un rato antes, viendo a la princesa cantar y a Drew, cerca de ella mirándola extasiado. Los ojos de Cherry expresaban francamente despecho. Drew se dió perfecta cuenta de que se hallaba en una situación difícil, pero supo sortearla hábilmente. Adoptando el tono más natural del mundo, se volvió hacia su antigua amiga, e inclinándose cortesmente, le dijo:

—Bien, Cherry. Ha llegado el momento de separarnos. Es ya muy tarde, y tú querrás descansar. Buenas noches... y hasta mañana.

Besó la mano que ésta le tendía con un gesto suave y elegante:

—Hasta mañana, princesa —saludó Sylvia.

—Hasta mañana —repuso ésta.

Alma llegó en aquel instante para despedirse también. Ella y su marido formaban parte del reducido grupo de amigos que debía pasar la noche en la casa. Aquel vasto palacio que Drew había hecho edificar para su regalo, era un segundo hogar para ella y su marido. Wally no acudió a darle las buenas noches, porque, según confesó la propia esposa, estaba muy ocupado en despedirse de Pochito, que había expresado deseos de retirarse a descansar.

La princesa Bourdaloff se retiró a sus habitaciones azules. Alma a las que le habían designado, para esperar allí a su marido. Sylvia y Drew... a la habitación matrimonial que Joaquín les había hecho preparar. Había que guardar las apariencias ante los invitados. Para ellos, como para los criados, su matrimonio debía tener todas las trazas de un matrimonio normal.

¿Quién fué el mal intencionado que había colocado sobre la amplia cama, a ambos lados de la misma, la sutil camisa de noche de Sylvia y el pijama de Alejandro? Sin duda alguna, la traviesa y píspirela camarera.

Drew cerró la puerta tras de sí, después de haber dado paso a su mujer. Se llevó un dedo a los labios, como si quisiera imponerle silencio, pero era inútil aquella precaución, porque Sylvia no decía ni pio. Permanecieron

unos instantes en aquella actitud, él de pie junto a la puerta; escuchando ella, en actitud expectante. En seguida se echaron ambos a reír. La situación resultaba tan cómica que dejaba de ser embarazosa.

El primero en recoger sus cosas fué el marido. Se acercó despacito a la cama, cogió su pijama, fue luego al cuarto de baño y desapareció unos instantes para volver a aparecer en seguida con el cepillo de dientes, el dentífrico y una pastilla de jabón, dió unas vueltas por el cuarto, seguido siempre por la atenta y curiosa mirada de Sylvia, se acercó de nuevo a la cama, cogió una almohada, se ayecinó a su mujer, le dió un amistoso golpecito en la espalda, todo esto en silencio, como si estuviera representando una pantomima, se alejó lentamente, andando de puntillas, llegó a la puerta, la abrió, saludó con una mano y, sabiendo del cuarto, cerró la puerta tras de sí.

CAPITULO VI

Celos

La mañana del día siguiente sorprendió a los invitados de Alejandro Drew tomando el calentito desayuno que Joaquín había mandado preparar para los huéspedes. Wally estaba recitando un verso muy extraño, y Poochie, cuyos descos de instruirse cortian

parejas con su ignorancia, le preguntó quién era el autor del mismo.

—Omar Khayam —repuso Wally.

Llegó Alma, que se había levantado más tarde que su marido, y saludó gentilmente a todos. También Drew se unió al grupo. Alejandro, que sentía un amistoso cariño por Alma, le preguntó cómo había pasado la noche. Esta hizo un gesto de espanto:

—Mal, muy mal. Cada vez que mi marido se emborracha me impide dormir con sus discursos. Le da por la elocuencia y se pasa la noche recitando.

También Cherry se había sumado al alegre grupo. Juana Durand, que se contaba entre los invitados, le preguntó cómo había dormido:

—He pasado una noche magnífica —fué la respuesta de Cherry.

—¿Y usted, Drew? —siguió inquiriendo Juana.

—¡Oh, yo siempre descanso bien en brazos de... Morfeo! —repuso intencionadamente el arquitecto.

Y Poochie, con una ingenuidad encantadora, comentó:

—Creí que su esposa se llamaba Sylvia...

Aquella ocurrencia provocó una carcajada general.

—A propósito, ¿Dónde está Sylvia? —inquirió Alma.

—Es cierto. ¿Dónde está la genial dueña de la casa? —recalcó la princess—. ¿Acaso está descan-

sando todavía? ¿Habrá dormido mal?

—¡Oh, no! ¡Perfectamente! — repuso el marido—. Tan profundamente dormía esta mañana que no quise despertarla. Vendrá en seguida.

Poochie hizo entonces una pregunta peregrina:

—¿Dónde está Fraser? ¿Dónde está el señor James?

Drew, que apenas había podido reprimir un gesto de enojo al oír el nombre del joven, preguntó a Joaquín, que en aquel momento le estaba sirviendo el desayuno:

—El señor James... ¿se quedó a pasar la noche aquí?

—No, señor.

—¿Y por qué no?

—Se marchó ayer noche.

Poochie dio una patadita en el suelo:

—¡Oh, qué lástima! Me había prometido enseñarme a remar en el estanque. ¿Por qué se fué? Yo creí que se quedaría a dormir aquí como todos.

—Se fué ayer, a última hora, en su coche.

Wally, siempre servicial con las mujeres jóvenes y bonitas, prometió a Poochie enseñarle a remar. Siguieron desayunando. En vista de que Sylvia no aparecía, Drew ordenó a Joaquín que fuera a llamar a su puerta para despertarla. La respuesta del criado le dejó mudo de asombro:

—La señora Drew no bajará a desayunar...

—Comprendo — repuso Drew

después de una corta pausa. Suponía que Sylvia haría al final una de las suyas. Las mujeres fallan siempre tarde o temprano.

—Llévale el desayuno a sus habitaciones. Tal vez tenga apetito.

—O tal vez tenga mucho sueño... —insinuó Cherry.

—Si Alex ronca como Wally seguramente tendrá sueño — comentó Alma riendo.

—Arregla una bandeja y yo mismo se la llevaré — propuso entonces el diligente marido de la esquiva señora Drew.

—La señora Drew no está arriba — aclaró Joaquín.

—¿Qué quieres decir?

—La señora Drew no está en casa — recalcó el criado—. Partió anoche acompañada del señor Fraser James...

La muda mirada que cruzaron entre sí los invitados de Alejandro Drew fué mucho más elocuente que todas las palabras que hubieran podido pronunciar. El marido se había quedado intencionalmente pálido.

Sylvia estaba en aquellos momentos en el despacho de la ciudad, hablando con su compañera Laura. Le estaba explicando precisamente su historia de la noche pasada:

—... Y entonces hice rápidamente mi maleta y me marché con Fraser. Me fui a casa, esta mañana me he levantado y aquí me tienes.

Laura soltó una carcajada:

—¡Magnífico, Sylvia! ¡Magnífico! ¡Eres formidable! Me ha-

bría gustado ver la cara que puso nuestro querido jefe al enterarse esta mañana de que habías marchado. Por cierto que también yo me peleé con Ernie ayer noche y me fui de casa.

—¡Oh, no creo que mi señor marido haya notado mi ausencia! —comentó Sylvia.

—Todos los maridos son iguales. Tampoco Ernie me echará mucho de menos. ¡Mira!

Y le mostró su ojo morado:

—No creas que me lo hizo él. No. Me lo hice yo misma cuando me tiré del coche para marcharme...

La sonrisa que empezaba a florecer en los labios de Sylvia se heló de repente al oír un timbrazo que venía de la habitación contigua. ¡Santo Dios! ¡Alejandro Drew había llegado! ¡Sí, sí, era él que había entrado en su despacho por la puerta circunscrita y estaba ahora llamando a su secretaria! Laura y Sylvia cruzaron una mirada de asombro. En seguida la secretaria se impuso a la mujer, y un instante después entraba en el despacho de su jefe. Este la saludó por su apellido de soltera, como acostumbraba a hacer siempre.

—Buenos días, señorita Parker.

—Buenos días, señor Drew...

Peró en seguida dejó de representar la comedia. Se volvió hacia Sylvia, y con un tono duro y cortante, le dijo recalcando las palabras:

—¿Se le ha ocurrido a usted

pensar que abandonando mi casa ayer noche me colocó usted en una de las posiciones más ridículas y embarazosas que una mujer puede colocar a un hombre?

—Lo siento, pero no pude evitarlo — fue la respuesta de Sylvia.

—¿Con que no pudo evitarlo? ¿Ha pensado usted en lo que hube de decir a mis amigos?

—Esto es lo que me estoy preguntando desde ayer —contestó Sylvia con una tranquilidad inaudita—. ¿Qué les ha dicho usted?

Drew hizo un gesto de ira impotente. Por un instante sus ojos azules se posaron en Sylvia, duros e inquisitivos, como si quisieran ver detrás de aquellas palabras insolentes, la sombra de otro hombre dictándoseles. Desvió la mirada, y acercándose a ella con aire amenazador, le gritó:

—Me ha hecho usted caer en el más espantoso de los ridículos, y no se le ocurre otra cosa que responder con burlas a mis palabras. ¡Ah! ¡Sí, crea usted que voy a consentirle se equivoque de medio a medio! ¿A dónde fué usted? ¡Conteste! Tengo derecho a saberlo.

El tiempo que medió entre su pregunta y la respuesta de su mujer parecióle una eternidad a Drew. Al fin, la voz de Sylvia se dejó oír para decir tranquilamente: —Fui a mi casa.

—¿Sola?

Otro intervalo de silencio. Otra eternidad para Drew. También esta vez Sylvia terminó por contestar la pregunta de su marido, pero la respuesta no fué ahora tan categórica como la que le había precedido.

—Señor Drew dijo—. Me permito recordarle que los términos de nuestro contrato nos autorizan a ambos a vivir nuestra vida privada según nos convenga.

—¡Esta bien! ¡Muy bien! ¡Pero yo no lo permitiré! ¡Lo oye usted? ¡No lo permitiré! Usted tiene que habitar mi propia casa, y dejar su apartamento de soltera. ¿Qué clase de vida es ésta que pretende seguir llevando usted? Una mujer casada que vive separada de su marido.

Se detuvo para contemplar a Sylvia. Esta le miraba a su vez. La mirada de Drew, era airada y amenazadora; la de Sylvia, piácida y tranquila. ¿Qué clase de mujer era aquélla? Había vivido durante cuatro años ocho horas diarias junto a Sylvia Parker, y creía haber llegado a conocerla perfectamente. Ahora empezaba a darse cuenta de que había sufrido un lamentable error. Ante él, desafiadora, burlona, se erguía una mujer distinta, una mujer enteramente desconocida, una mujer que no tenía ningún punto de contacto con la secretaria ideal que durante tanto tiempo le había estado sirviendo fielmente. Alejandro Drew empezaba a temerle todo.

—¿No creé esto lo que desea-

ba? — siguió inquiriendo ella en el mismo tono pausado y tranquilo.

—¡Sí!, digo ¡no! No sé lo que me digo, mejor dicho, sí sé lo que me digo. Ni económica ni moralmente resulta conveniente, de manera que yo le ruego señorita Parker...

—Permitame, señor Drew —replicó ella rápida, sin dejarle terminar su discurso—. Por nada del mundo quisiera discutir moral con usted. Es usted una autoridad en la materia, mientras que yo soy una simple aficionada, pero debido a mi profesión, conozco la economía al dedillo. Permitame, por lo tanto, recordarle que vivo exclusivamente de mi sueldo, que no habitando la casa de usted le ahorro a usted mucho dinero, y esto es, en definitiva, lo que a usted le interesa. Claro que podría irme a vivir con usted para cubrir las apariencias y pagarle mi hospedaje, pero no deseo por nada del mundo dejar mi plácido de soltera ni mucho menos renunciar a mi querida libertad.

La respuesta de Sylvia había sido clara y contundente. No habría podido decirse lo mismo de la pregunta que le siguió, salida de labios de Drew.

—Y sería usted tan amable de decirme si este señor Fraser James, a quien usted invitó gentilmente, este joven alto, fuerte, bien plantado, con quien estuvo paseando usted a la luz de la luna durante la pasada noche,

tiene algo que ver con este deseo suyo de vivir su propia vida, lejos del techo conyugal?

La pregunta capciosa y mal intencionada, tuvo la respuesta que se merecía:

—No es el único motivo, pero es uno de los muchos que me han obligado a hablarle claramente, señor Drew.

—¿Uno de los motivos! ¿Podría usted enumerarme los demás? Sería sumamente interesante conocerlos todo. Creo tener derecho a ello.

Esta vez Sylvia no se dignó responder. Giró sobre sus talones, se fué derechamente hacia la puerta, la abrió de un tirón y salió dando un portazo. Cuando estuvo en su despacho, tiró con rabia el carnet de notas sobre el pupitre, se sentó, y esperó. ¿Qué? Ni ella misma lo sabía. Tal vez que se abriera la puerta y Drew avanzara furioso hacia ella con ánimo de ahogarla. En seguida se dejó oír el timbre llamando estridentemente. Sylvia le sacó la lengua. Al fin, al cabo de un buen rato, sucedió lo que ella estaba deseando. Abrióse la puerta y su jefe apareció en ella. Estaba tan furioso como su secretaria había imaginado, pero no avanzó hacia su víctima para ahogarla, como temía. Se limitó a lanzarla una mirada furiosa, al mismo tiempo que le gritaba.

—¿Señorita Parker! ¿No ha oído usted el timbre?

—Sí, por supuesto — repuso Sylvia tranquilamente.

—La supongo enterada de que esto significa que deseo que venga inmediatamente.

Entonces sucedió algo inaudito. La discula mujercita, en lugar de contestar humildemente y pedir excusas por su falta de obediencia, oprimió el botón del timbre que estaba sobre su mesa, y éste sonó instantáneamente. Drew, que había vuelto a entrar en su despacho esperando ver aparecer en la puerta la contrita figura de la señorita Parker, descargó un terrible puñetazo sobre su mesa de trabajo. Se levantó, fué de nuevo al encuentro de su secretaria, o su mujer, que no sabía a ciencia cierta donde empezaba la una y terminaba la otra, y bramó hecho un basilisco:

—¿Qué significa esto? ¿Por qué toca el timbre?

—¿Por qué lo toca usted, señor Drew?

—Porque quiero que venga a mi despacho. Usted sabe perfectamente que cuando hago sonar el timbre es porque requiero su presencia.

—Pues cuando lo hago sonar yo, es para decirle que no me da la gana de ir.

Y aunque en el léxico que usaba Alejandro Drew no abundaban las palabras fuertes, esta vez, en honor de aquella irascible criatura que el diablo había colocado a su lado para incitarle a cometer un crimen, soltó un tazo tan fuerte que hizo retemblar las paredes.

Unos minutos después, la tormenta se había desvanecido. Drew, caballero al fin, se excusaba contrito y arrepentido.

—Lo siento en el alma, señorita. Perdi el control de mí misma. Comprendo que he estado un poco incorrecto.

—También yo perdi el control de mí misma. Le ruego me disculpe, señor Drew — fué la generosa respuesta de Sylvia.

—Comprendo que tengo un carácter un poco difícil...

Aquel par de seres que un momento antes parecían dispuestos a tirarse los trastos a la cabeza, estaban ahora entablando un pugilato de mutuas cortesías. Sylvia se empeñó en que era ella la que tenía el carácter difícil y que jamás durante los años que había estado a su servicio como secretaria había tenido la menor queja de él. Las hostilidades rotas tan bruscamente hacia poco rato, estaban cesando rápidamente.

—¿Qué va a hacer esta noche, Sylvia? — preguntó él al fin.

—¿Esta noche? No sé...

—Si tiene usted algún compromiso le agradecería que lo aplazara para otro día. Tengo un trabajo urgente y necesito su ayuda.

—Está bien, señor Drew — repuso la joven impucata nuevamente de sus deberes de secretaria.

—Entonces la espero en mi casa a las siete. Cenaremos juntos y después nos dedicaremos de lleno

al trabajo. ¿Le parece bien?

Esta vez la secretaria se creyó obligada a objetar algo.

—Tal vez... tal vez aquí en la oficina trabajaríamos mejor.

—Yo creo que será mejor en casa.

—Bien. ¿Necesitaré traer mi máquina?

—No. No la necesitará usted.

—¿Sus huéspedes se han ido ya?

—Sí, todos. Le doy mi palabra de que estaremos absolutamente solos — repuso Alejandro fríamente.

Drew había mentido. No todos los huéspedes de la noche antes habían abandonado su suntuosa mansión de las afueras de la ciudad. La princesa permanecía todavía allí. Alejandro no había tenido que rogarle mucho para que ella decidiera quedarse. Separada de su tercer marido, el ilustre y tronado príncipe, y su divorcio en vías de realización, Cherry había abandonado Europa un mes antes, camino de Norteamérica, con el pensamiento puesto en un hombre. Alejandro Drew, el arquitecto famoso, cuyos fabulosos ingresos la resarcirían con creces de su último revés económico. Cherry era una «sentimental». Lo había sido siempre; por esto había permitido que tantos hombres se arruinaran por ella.

El disgusto que le produjo la noticia de la boda de Alejandro, se desvaneció al enterarse por éste de las condiciones bajo las cuales se había realizado ésta.

Lánguidamente, sentada en el sofá, vestida con un espléndido deshábille que llevaba la firma de uno de los más famosos modistos parisienses, Cherry, que tenía cuidadosamente estudiado cada uno de sus gestos y conocía el valor de su belleza, era en aquel momento la imagen viva de la «mujer fatal», que unos años antes había hecho perder la cabeza a Drew. Pero Alejandro, que estaba en la habitación con ella, no parecía en aquel momento en disposición de admirar aquel bello cuadro artificioso. Hablaba en voz alta, paseando arriba y abajo de la habitación, destemplado y furioso.

—Temo que hemos cometido un grandísimo error. En primer lugar, no habría debido hacerte venir a mi casa. ¿Por qué no te fuiste esta mañana con los demás huéspedes? Quisiera que comprendieras, querida Cherry, mi placer en tenerte a mi lado es muy grande, pero debemos guardar las apariencias. Yo soy un hombre casado y...

Cherry se había levantado, cansada, sin duda, de adoptar posturas lánguidas que no le servían de nada. Se sentó al piano y rozó levemente con sus dedos el marfil de las teclas. Habló luego, y su voz era dulce como un arrullo.

—¿Por qué me hablas así, que-

rido? Desde el momento en que tu mujer te ha abandonado... Pensé que estarías muy triste y por eso me quedé.

—¡No es cierto que me haya abandonado! —repuso Alejandro, enérgicamente—. Esta noche estaré de nuevo aquí.

—¡Oh! Entonces estaré encantada de asindarla.

—No creo que a ella le suceda lo mismo —atajó el arquitecto con una falta de galantería evidente.

—¡Alex! Tu esposa no será tan estúpida de sentirse celosa de mí.

—Por cierto —dijo Drew, siguiendo el hilo de sus propios pensamientos y sin reparar en las palabras de Cherry—, por cierto que está ya haciendo tarde. Dijo que vendría a las siete.

Y de pronto, como si en su mente hubiera nacido una sospecha, se volvió hacia Cherry mirándola con desconfianza.

—¡Oye! ¿No habrás ido a hablarle tú? —preguntó.

Cherry sonrió.

—Cuando esta mañana te llamé por teléfono al despacho ella se puso al aparato y no me quedó otro recurso que dirigirle la palabra. Después de todo, es tu secretaria —explicó.

—Me refiero a si le dijiste algo... algo de nosotros... ¿Comprendes?

—Cuando yo hablo digo siempre algo... —fue la equivocada respuesta de la princesa Bouladoff.

—¿Y qué es lo que le dijiste? ¡Había! — inquirió Drew, cuya ira había ido en aumento.

Cherry hizo un gesto de súplica.

—¡Oh! ¡Cesa este interrogatorio! ¿Cómo quieres que pierda el tiempo hablando con tu secretaria?

Dura y cortante salió la respuesta de los labios de Alejandro Drew, aquellos labios que en otras ocasiones habían sabido deslizar palabras amorosas y rinditas al oído de la misma mujer.

—Si fueras un poco más inteligente, podrías aprender muchas cosas...

—Algo sobre educación tal vez —repuso Cherry, sin inmutarse—. Tu mujer está haciendo tarde y ni siquiera se ha tomado la molestia de llamarte por teléfono explicándote el motivo.

—Tal vez le haya sucedido algo...

—Nunca les sucede nada a las mujeres como ella.

Alejandro le dirigió una mirada pulverizadora.

—Algo va a sucederte a ti si no frenas un poco tu lengua — dijo ya francamente amenazador.

—Estás tratando de intimidarme? — inquirió Cherry, cuyo bello rostro continuaba teniendo la misma expresión de languidez.

Afortunadamente para ambos, Joaquín apareció a tiempo para impedir que Drew confirmara los temores que acababa de expo-

nerle ella. El fiel criado preguntó a su señor si quería que empezara a servir la cena.

—No —repuso el interrogado—. Esperaremos a que llegue mi mujer.

Pero Cherry, que, por lo visto, se hallaba allí como en su casa, burlólo:

—Sirvame a mí la cena, Joaquín. Yo no puedo esperar más. Ningún contratatiempo puede impedirme que tenga un tremendo apetito.

La rabia que experimentaba Drew no le había hecho perder su cortesía habitual para con las mujeres. Se resignó, pues, a acompañar a Cherry. Se dirigieron al comedor, tomando asiento en ambos extremos de la mesa. Un silencio helado había descendido sobre ellos. Drew aparecía hermético, Cherry disimulaba hábilmente su despecho. Al fin, ella rompió aquella quietud hostil para comentar con tonillo irónico:

—No comprendo cómo puedes ser así conmigo. Por supuesto, me lo tengo bien merecido. ¡Cuándo pienso que dediqué los mejores años de mi juventud a amar a un hombre como tú...! Te lo di todo, todo...

—Tú nunca has dado nada a nadie —fué la brutal respuesta de su ex amante—. Además, cuando yo te conocí, ya habías dejado de ser joven.

¡Aquello era demasiado! La impudencia de Drew había llegado a un punto imposible de soportar.

Cherry se mordió los labios, palideció bajo el colorita, y habría contestado algo sin duda un poco fuerte e indigno de una mujer fatal, de no haber aparecido providencialmente el criado para comunicar a Alejandro que el número de la señora Drew seguía sin contestar a sus repetidas llamadas telefónicas.

Aquella noticia pareció afectar mucho más profundamente al arquitecto que el evidente enojo de su huésped. Esta, por su parte, había decidido armarse de paciencia y asumir de nuevo la actitud lánguida y displicente que había adoptado desde un principio. Pidió una taza de café bien cargado.

—Sobre todo no se olvide de esto —recalcó—. Voy a necesitarlo para mantenerme despierta.

Y hostesando elegantemente, terminó mirando a Drew con expresión maliciosa.

—Jamás me aburri tanto como esta noche.

Hubo un largo silencio. No había duda que la velada estaba resultando cada vez menos amena. Cherry volvió a preguntar, al fin, cansada de esperar inútilmente a que Drew dijera algo.

—¿Qué vamos a hacer ahora querida?

—Si desear ir a alguna parte, puedes hacerlo cuando gustas. No hagas ningún cumplido. Yo, por supuesto, me quedo en casa.

Terminaron de cenar. Se encaminaron al salón. Drew fué al

teléfono, marcó un número rápidamente, descolgó el auricular.

En aquel momento se dejó oír la música estridente de un fox. Venía del aparato de radio, que Cherry acababa de disparar. Drew, hecho un basilisco, dejó el auricular sobre una mesa, atravesó el salón, cerró la radio, volvió a atravesar el salón, cogió el auricular... y de nuevo se dejó oír la musiquilla.

Esta vez el arquitecto se volvió furioso hacia la autora de aquella para decirle perdido ya el control de sí mismo:

—¿Quieres hacerme el favor de dejar en paz la dichosa radio?

Allá en su departamento de la ciudad, Sylvia, Fraser, Laura y Ernie, estaban en aquel mismo momento enfrascados en un partido de bridge. El timbre del teléfono sonaba insistentemente desde hacía una hora, con cortos intervalos de descanso. Sylvia no acudía a atenderlo, pero se mostraba cada vez más inquieta.

—Este timbrecito me está poniendo nerviosa — comentó, dirigiéndose a Laura.

—No me extrañaría que a tu marido le estuviera sucediendo lo mismo — repuso ésta riendo.

—¿No crees que debería contestar? — propuso Ernie, cuyo ánimo se inclinaba a la conciliación.

—Si Sylvia hace esto me levanto y me marcho — amenazó su mujer.

—Laura tiene razón —recalcó Fraser—. Hay que aguantar el tipo cuando es necesario.

Seguían jugando. Ernie que estaba ganando en el juego y se sentía por esto encantaderamente optimista, volvió a insinuar:

—No comprendo por qué los matrimonios felices deben pelearse nunca. Apenas habéis tenido tiempo de iniciar vuestra luna de miel y ya aparece una nube en el cielo de vuestra dicha...

Allí en su soberbia mansión, Alejandro y la princesa Bourdaloff, condenados a la soledad de dos en compañía, proseguían su sacaramusa. Drew seguía empeñado en conseguir la comunicación telefónica. Cherry seguía sonriendo con aquella sonrisa diabólica que tantos éxitos le había valido entre los hombres. Pero ahora, Alejandro permanecía insensible a sus encantos, pendiente de aquel aparato endiablado y de lo que pudiera ocurrir al otro extremo del hilo telefónico.

La princesa Bourdaloff empezaba a perder la paciencia. Hasta entonces, haciendo esfuerzos sobrehumanos, había conseguido bailar en la cuerda floja, sonreír, contestar con trónicas agudezas manteniendo la situación en un plan que no significara rompimiento absoluto de hostilidades entre ella y su anfitrión, pero el juego se estaba prolongando demasiado, y sus fuerzas se iban debilitando poco a poco. En una pala-

bra, Cherry comenzaba a experimentar unos deseos casi irrefrenables de dejar de ser la princesa Bourdaloff para convertirse en una verdulera, a fin de poder soltarle a aquel hombre todo lo que le viniera en gana.

Alejandro, por su parte, fingía haberse olvidado de su presencia y seguía agarrado al artilugio como un naufrago a una tabla de salvación. Parecía como si toda su vida dependiera del hecho sencillísimo de que el timbre cesara de llamar y se oyera una voz femenina responder a su llamada de auxilio. ¿Era su amor propio ofendido el que le hacía obrar así? ¿Había mezclado en ello algún otro sentimiento cuyo nombre no se atrevía a pronunciar? Ni él mismo habría podido decirlo.

Cherry seguía observándole con sus ojos verdes y felinos, sombreados por largas pestañas agrandadas por el rimmel. Comprendía que había perdido la partida. Que Alejandro-Drew no volvería a sus brazos, aunque aquella llamada interminable quedara sin respuesta. Algo se había roto para siempre. La aventura había quedado truncada en sus comienzos. Había ido a Norteamérica decidida a conquistar de nuevo a Alejandro Drew, tal vez a convertirlo en su cuarto marido... Demasiado tarde. Otra mujer, a la que en su vanidad despechada se empeñaba en encontrar insignificante, se había interpuesto entre ellos.

Dominando sus deseos de estallar en una rociada de denuestos, Cherry decidió seguir su juego cruel de ironías.

—¿Por qué perder el tiempo llamando cuando sabes que no te han de contestar? Aun en caso de que tu mujer estuviera en su casa, tal vez no desearía que la molestaran.

—¡Callate! — repuso Drew con rabia mal contenida.

—Cuando piense en el Alex Drew de hace unos años, el altivo, el orgulloso Alex Drew que se preciaba de no haber ido jamás detrás de ninguna mujer. ¡Cómo han cambiado los tiempos! ¡Venir expresamente de Europa para verío correr detrás de la mujer propia! ¡En la vida suceden a veces cosas verdaderamente peregrinas! ¡Cómo has cambiado, querido!

Esta vez la ironía tuvo una adecuada respuesta.

—Yo no he cambiado, Cherry. Siempre me ha gustado correr detrás de las mujeres que valen la pena.

Había llegado el instante psicológico. Cherry había decidido acabar la paciencia, y no solía volver jamás de su acuerdo. Se levantó furiosa y avanzando hacia Alejandro, grilló al mismo tiempo que cogía un precioso florero que había sobre el piano y amenazaba con tirárselo a la cabeza.

—¡Oh, oh, oh! ¡Esto es demasiado! ¡Es más de lo que puedo

soportar! ¡Crees que vas a poder seguir insultándome impunemente?

Drew, que había ganado su fortuna a pulso y conocía, por lo tanto, el valor de un dólar, chilló desesperado al ver el tremendo peligro que corría, no precisamente su cabeza, sino aquel objeto que Cherry blandía amenazadoramente.

—¡Deja esto en seguida! ¡Es una porcelana magnífica! ¡Me costó quinientos dólares!

Lo que pudiera haberle costado a Alejandro aquella porcelana le tenía sin cuidado a la finisre princesa Bourdaloff. Tan sin cuidado que se apresuró a tirarla al suelo, sin duda para demostrarle a su dueño el enorme desprecio que una mujer como ella sentía por los hombres tacaños como él, capaces de traducir en dólares el valor de un objeto. Drew, horrorizado, coigó unos instantes el auricular, cogió el florero, que, afortunadamente, no había sufrido el menor daño, colocó de nuevo las flores en él, volvió a echar mano del teléfono, todo esto murmurando en voz baja unas palabras que de haberlas dicho en voz alta, habrían provocado, sin duda, el estropicio de todos los jarrones y porcelanas que había diseminados por el salón.

Seguía sonando insistentemente el teléfono en la casa de Sylvia; pero ésta, con una crueldad refinada, seguía haciéndose el sordo. Ernie volvió a abogar por la víctima.

—Yo, de ti, contestaría. Cuando él insiste tanto en llamar es que sospecha que te hallas en casa.

La joven se encogió de hombros.

—No me importa lo que él crea o deje de creer. Déjalo que siga llamando.

—Pero es que si no obtiene respuesta y se imagina que estás en casa es capaz de venir.

—No lo creo capaz de ello —objetó Laura.

El teléfono seguía llamando sin cesar. Su timbre estridente empezaba a poner nerviosos a todos. Fue casi inconscientemente que Fraser se levantó, fué hacia el aparato, descolgó el auricular y...

—¡Diga! —gritó de malos modos— ¿Qué? ¿Que es lo que desea usted, buen hombre? ¿Hablar con la señorita Parker? No, no puede ser, lo siento mucho. Se está duchando en este momento.

—¡No me importa lo que esté haciendo! —repuso la atrada voz de Alejandro—. Quiero hablar con ella...

Una mirada rápida a Sylvia le habla bastado a Fraser para comprender que ella no desaprobaba su actitud. Y era cierto. Un obscuro instinto de venganza acababa de despertarse en ella. «Ojo por ojo, diente por diente»... la inexorable ley de Tallón, iba a ser aplicada ahora a aquel hombre por culpa del cual, Sylvia Parker había derramado tantas

lágrimas en la soledad de su departamento.

—Ya que insiste usted tanto en hablar con ella voy a ver si es posible —continuó diciendo Fraser en el mismo tono irónico y burlesco.

Y sin tapar el auricular con la mano, gritó haciendo ver que se dirigía a Sylvia:

—¡Querida! ¿Quieres venir al teléfono? ¿Qué dices? ¿Que estás a medio vestir? Está bien, cerraré un ojo.

—Fraser —dijo entonces Sylvia, levantándose rápidamente temerosa de que él hubiera ido demasiado lejos—. Déjame el teléfono...

Pero el joven no parecía dispuesto a complacerla. Siguió hablando en voz alta, a fin de que pudiera ser oído al otro extremo del hilo telefónico.

—Ven, querida, parece que insisten en hablarte. ¡Oh! ¡Tienes todavía jabón en la oreja!

Por fin, Sylvia logró abrebatarle el auricular. Sus manos temblaban ligeramente al cogerlo. Oyó primero un zumbido, y luego la voz rota, deshecha, furiosa de su marido, que le decía:

—Sylvia. ¡Si no viene usted inmediatamente voy a buscarla yo!

En aquellos momentos estaba expandiendo Drew todo el mal que en su vida de afortunado conquistador le había causado a las mujeres, tal vez inconscientemen-

te. El destino había escogido dos de ellas, muy distinta la una de la otra, para que tomaran cumplida venganza en nombre de todas las de su sexo. Eran éstas: Sylvia, desde lejos; Cherry, allí a su lado, que seguía burlándose cruelmente...

—¡Alex Drew! ¡El irresistible, el conquistador! ¡Campeón de rompe corazones! Ahora te ha tocado a ti...

Y viendo que él, furioso, había cogido por fin el auricular y cogía el jarrón de marras con objeto de tirarlo, remachó:

—¡Oh, por Dios! ¡Deja esto! ¡Ha costado quinientos dólares!

Drew cogió las flores que el mismo había colocado en el jarrón, las estrujó, las tiró al suelo, fué a tirar luego el hermoso objeto, momentáneamente olvidado de su valor, pero se contuvo a tiempo, y volvió a dejarlo sobre el mismo sitio. Aquel fué el único acto de continencia que realizó aquella noche.

Media hora después, Fraser y Sylvia descendían del coche del primero, frente a la casa de Alejandro Drew. La joven intentó convencer a su acompañante de que se retirara. No quería verlo mezclado en aquel asunto. ¡Todo inútil! Fraser se empeñó en seguir hasta el mismo interior de la casa. Tal vez temía algún acto de violencia por parte del dueño de la misma.

Por fin, apareció Drew. Hacién-

do un esfuerzo sobrehumano había logrado contener su ira, y ahora hubo de hacerlo no menos grande para no lanzarse furioso contra Fraser, quien, con el aire más insolente del mundo, en lugar de tratar de excusar su presencia allí, tuvo la audacia de ofrecerle un cigarrillo, que Alejandro se apresuró a rechazar.

El saludo de Sylvia fué el que correspondía a su rango de secretaria.

—Señor Drew, estoy a sus órdenes.

—Usted lo ha dicho, señorita Parker. Pero por lo visto, lo ha olvidado, lamentablemente, por lo menos esta noche. Creo recordar que debía haberse presentado a las siete. ¿Por qué no cumplió su palabra?

—¿Y por qué no cumplió usted la suya?

—No comprendo.

—Usted me dió su palabra de que todos los huéspedes de la casa se habían marchado, y usted sabe que no era cierto.

Hubo una corta pausa. Drew miró a Fraser, que le miró a su vez sonriente. El arquitecto hizo un gesto de impaciencia.

—¿Quisiera hablar a solas con usted, Sylvia — insinuó, dirigiéndose a Sylvia.

Fuó Fraser el que contestó la insinuación de Drew.

—¿Deseas realmente quedarte a solas con tu marido, querida?

—Inquirió dirigiéndose a la joven—. ¿Sí? Entonces, buenas noches.

—Buenas noches, Fraser. Y gracias por lo que has hecho por mí esta noche.

Fraser se inclinó galantemente hacia la joven, y le dio un beso. Alejandro chilló escandalizado:

—¿Qué es eso de besar a mi esposa?

—La beso porque es su gusto. Y mientras ella no me lo prohíba seguiré besándola hasta que consiga darse cuenta de que...

Sylvia le detuvo con un gesto.

—¡Por Dios, Fraser, márchate! No compliques la situación, ya de sí bastante complicada.

El galán obedeció, no sin haber besado nuevamente a la joven. Marido y mujer quedaron solos, frente a frente. Se miraron unos instantes en silencio. Luego la voz de Drew, una voz ronca y alterada, que Sylvia no conocía, empezó a decir:

—Sylvia, desearía que abandonara un instante esta actitud de cínica indiferencia que ha adoptado usted desde el primer momento para escuchar atentamente lo que voy a decirle. Nuestro contrato no le autoriza a lo que está usted haciendo. Después de todo, creo ser alguien en el mundo. Mi nombre significa algo. ¿No es así? Por lo tanto, lo que mi esposa haga o deje de hacer, me afecta directamente. Un hombre de mi posición, no puede

permitir que su mujer se exhiba aquí y allá, a los dos días de casados, con un Tom, o un Dick, o un Fraser cualquiera.

—¿Qué decir de usted y de...?

—¡No hablemos de mí ahora! Usted lleva un apellido y debe conducirse de una manera digna. Es usted la señora de Alejandro Drew y...

Sylvia le interrumpió con un gesto.

—Tiene usted razón. Comprendo que estaba equivocada. Puesto que soy la señora de Alejandro Drew, voy a conducirme como tal. Yo le prometo que en lo sucesivo no tendrá queja de mí.

Al día siguiente por la mañana, Sylvia Parker, dejó de acudir al despacho de su marido, para disponerse a cumplir dignamente la palabra empeñada con éste la noche antes.

Por de pronto, había que empezar por el vestuario. El sencillez, aunque elegante guardarropa de la ex secretaria, no era suficiente para mantener el rango de la nueva señora de Alejandro Drew.

Fue por este motivo que las tiendas más lujosas de los Angeles fueron recibiendo sucesivamente la visita de la esposa del célebre arquitecto, de cuyo romance de amor habían hecho eco todos los periódicos de la ciudad. Y empezó un desfile interminable de vestidos, de ropa interior, de joyas, que Sylvia adquiría sin preguntar siquiera el precio de todo

aquello. Y luego perfumes, bolsos, zapatos, medias, sombreros, guantes, objetos de tocador... No era suficiente. Había que adquirir también un coche, un cochecito pequeño, coquetón, de dos asientos, para su uso particular. Y puestos a llegar hasta el máximo del sacrificio, ¿por qué no adquirir un balandro, un lindo balandro cuyo modelo en pequeño había visto expuesto en una tienda, y que le había encantado? El nombre de Alejandro Drew era la palabra mágica que abría a Sylvia las puertas de todas las tiendas a fin de que pudiera escoger a su gusto. Nadie habría sido capaz de negarle nada. La señora Drew empezaba a convencerse de que cuando se tiene dinero... se puede ir sin dinero a todas partes.

Las facturas cayeron como un alud sobre la mesa de trabajo de Alejandro Drew. Este, después de la entrevista nocturna con su mujer, se había ausentado unos días de la ciudad. A su regreso, se encontró con la desagradable sorpresa de que estaban haciendo obras en su casa. En efecto, en uno de las alas del edificio se había levantado un andamiaje, y unos cuantos albañiles estaban trabajando afanosamente bajo la dirección del arquitecto... Fraser James.

Drew entró furioso; preguntó a uno de los criados qué era lo que estaba ocurriendo y éste le repuso que su esposa así lo había ordenado.

—Están demoliendo el ala izquierda del edificio, señor Drew... Empezaron los trabajos el día que usted se marchó.

El arquitecto se fué derecho en busca de su mujer. No tardó en encontrarla. Sylvia Parker estaba hecha una gran señora de pies a cabeza, una esposa digna del apellido que él le había dado. Pero Drew no debía ser de aquella opinión, por cuanto por vía de saludo empezó a decirle a gritos:

—¿Tiene usted una peregrina manera de interpretar mis deseos! Creí que habríamos llegado a un acuerdo, y ¿qué es lo que encuentro al regresar de mi viaje? ¿Quién le ha ordenado a usted cambiar el ala derecha de la casa? Parece haber olvidado de que esta mansión es propiedad mía...

—Y usted parece haber olvidado que nos hallamos en California y que en California la mitad de las propiedades del marido pertenecen a la mujer, y viceversa. Y resulta que esta mitad que me pertenece de la casa no era de mi agrado... — fué la respuesta de Sylvia.

—¡Ah! Conoce usted la Ley al dedillo por lo que veo. Será, sin duda, por eso que mientras he estado ausente se ha dedicado usted a gastar sin tasa. Pajes, coches, joyas, vestidos...

—¿Y por qué no había de hacerlo? Usted me pidió que me condujera como la señora de Ale-

jandro Drew, y yo no estoy haciendo otra cosa desde entonces que acceder a su ruego. Como tal he venido a vivir en esta casa. Si he hecho algunos gastos durante su ausencia ha sido para poder desempeñar dignamente mi cometido. La señora de Drew tiene necesidades inevitables. No puedo seguir viviendo como lo haría su secretaria. Siento en el alma haber gastado más dinero del que usted pensaba ahorrando casándose conmigo, pero cada vez que iba a una tienda todos me recomendaban lo mejor que en ella había. Todo les parecía poco para la señora de Drew.

El tono con que acababa de hablar Sylvia, hirió a Drew más que las mismas palabras que había pronunciado. Por unos instantes sintió que la ira le llegaba hasta el punto de temerlo todo de sí mismo. Fué con un tono de mando y de súplica al mismo tiempo que le gritó:

—¡Váyase de aquí, váyase inmediatamente, o no respondo de mí!

Sylvia obedeció. Drew quedó solo unos instantes, solo con su ira impotente, con su furia rabiosa, luchando con unos deseos casi irreprimibles de correr detrás de su mujer, detrás de aquella criatura dura, cruel, cínica, avara, a la que no había conseguido doblegar, cogerla por el cuello y ahogarla. Logró contenerse no sin gran esfuerzo, y la vio marchar, siguiéndola ansiosamente

con la mirada, furioso de encontrarla tan joven, tan bella, tan seductora, tan elegante...

El reloj de cucú empezó a dar las horas. Drew corrió hacia el piano, cogió el famoso jarrón de los quinientos dólares, y sin acordarse de la respetable suma de dinero que le había costado ni del mérito de la porcelana, lo tiró con fuerza contra el reloj. La hermosa porcelana se rompió en mil pedasos, pero la vista del estropecido no consiguió calmar a Drew, que empezó a pasear arriba y abajo del salón gritando y gesticulando, como presa en un ataque de locura.

Media hora después, Jessup, llamado urgentemente, llegaba a casa del arquitecto. En pocas palabras le puso éste al corriente de sus deseos. Quería la anulación de su contrato matrimonial, en seguida, inmediatamente. Contra lo que él esperaba, la respuesta de su abogado fué grandemente desalentadora.

—Lo siento Alejandro, pero esto no es posible. El contrato no puede romperse así como así.

—¡Pero esto es absurdo! ¡Los contratos se hacen precisamente para romperse!

—Los míos no, Alex. Usted sabe que yo soy un abogado honrado y...

—Precisamente porque es usted un abogado honrado, encontrará el medio legal de librarme de esta mujer.

—Olvídate usted que están legalmente casados, y que ella no le ha dado a usted motivos para el divorcio. Ustedes hicieron un contrato, mediante el cual usted se obligaba a ceder a su mujer y sólo a su mujer el derecho a romperlo.

—¡Pues a ello! No me importa lo que pueda costarme. Le pasará la renta que exija con tal de verme libre.

—Hace poco más de una semana deseaba usted ser libre y se casó. Ahora quiere usted ser libre... y pretende divorciarse. Decididamente Alejandro, permítame que le diga que está usted loco...

—No, no lo estoy todavía. Pero no tardaré en verme en un manicomio si continuo casado con esta mujer. Lo único que ella quiere es dinero, dinero y dinero...

—Está usted en un error, señor Drew. Yo no quiero ni un céntimo de usted. ¡Ni un céntimo!

Era Sylvia la que había hablado. Sylvia Parker, que acababa de aparecer en el umbral del salón y se acercaba a los dos hombres con el aire altivo y desdoso de una reina. Cuando estuvo frente a su marido se detuvo y se lo quedó mirando unos instantes que a él le parecieron siglos, mirándole de arriba abajo, con una mirada de profundo desprecio. Después continuó:

—Señor Jessup, siento que su cliente le haya importunado a estas horas de la noche, hacién-

dose venir aquí. No tenía necesidad de ello porque yo pensaba ir mañana a su casa para arreglar este asunto. El señor Drew se ha cansado de ahorrar dinero de los impuestos y quiere volver a su primitivo estado. Puedo asegurarle que por primera vez desde que estamos casados, él y yo estamos absolutamente de acuerdo. Cuando hace poco más de una semana el señor Drew me propuso este contrato yo acepté porque... pues porque las mujeres seríamos demasiado perfectas si no cometiéramos de vez en cuando alguna estupidez. Pero nunca me arrepenti de manera más íntima de haber cometido una locura como me he arrepentido ahora de haber accedido a los ruegos del señor Drew.

Le tendió unos papeles, que el abogado recogió atónito.

—Aquí está el famoso contrato. No quiero interponerme en la felicidad de sus clientes. Puede decirle al señor Drew que todas las cosas que adquirí en su nombre van a ser devueltas. Como señora de Alejandro Drew tal vez las necesitase. Como Sylvia Parker, puedo pasarme perfectamente sin ellas.

Sylvia había estado hablando a Jessup, aparentando ignorar la presencia de Drew. Sólo cuando éste se decidió a intervenir, volvió el rostro hacia él.

—¡Perfectamente! Yo le pasaré a usted...

La joven le rechazó con un gesto.

—¡No quiero absolutamente nada de usted! ¡Nunca quise nada de usted, aunque usted no quisiera creerlo!

La voz se le quebró en un sollozo. Mujer, al fin, había de mostrarse débil en el último momento. Apartó los ojos de Alejandro que, al oírlo sollozar, se le había acercado rápidamente, y dirigiéndose de nuevo a Jessup, continuó ya serena:

—El divorcio lo más pronto posible y en las condiciones que señale el señor Drew. Tal vez comprenderá algún día que el casarse para economizar impuestos resulta a veces un negocio malísimo... amén de una indignidad.

Epílogo

Sylvia abandonó el techo conyugal aquella misma noche. Drew podría respirar tranquilo. ¿No era esto lo que había estado deseando día y noche desde que había contraído matrimonio con su secretaria? Por primera vez desde que se habían casado, podría dormir tranquilo...

Pero no, Alejandro durmió aquella noche menos que ninguna otra. Mejor dicho, no logró conciliar el sueño ni durante cin-

co minutos. Cansado de revolverse en el lecho se levantó al amanecer. Tenía mal gusto de boca, un dolor de cabeza horrible, el pulso alterado y un terrible sentimiento de humillación y vergüenza. Llamó por teléfono a Jessup y le comunicó su decisión de... de ir en busca de Sylvia y hacerla volver a casa aunque para ello tuviera que llevarse a rastras. No quería divorciarse, no quería librarse de ella, mejor dicho, no quería que ella se librara de él, quería... no quería... El pobre Alejandro Drew, el conquistador, el hombre que no creía en el amor estaba enamorado como un doctrino y acababa de descubrirlo.

Quedaron en encontrarse en la oficina. Jessup acudió a la cita con la puntualidad acostumbrada. Cuando Drew le comunicó su propósito irrevocable de hacer volver a Sylvia a su lado, Jessup sonrió sarcástico.

—Es usted demasiado optimista, Alejandro. Las mujeres como Sylvia no se doblegan fácilmente. Después de lo que le ha hecho usted no creo que consiga volver a verla. Y en el caso de que esto sucediera, ¿qué le diría usted?

—Trataría de disculparme por lo que le he hecho...

—¡Disculparse! ¿Cree usted que esto sería suficiente?

—Pero...

—No, no conseguiría usted nada... a menos que le dijera la

verdad. Y la verdad, amigo, tal vez no quiera admitirla ni usted mismo. Porque es lo cierto que está usted enamorado de ella...

El rostro de Alejandro Drew adquirió una expresión tan compungida, que Jessup no pudo menos de reírse.

—Sí, sí, comprendo. Para un hombre tan complicado como usted tan... ¿cómo diría yo? Tan... En fin, no encuentro la palabra, ha de resultar un poco duro admitir que está pérdidamente enamorado de su propia mujer. ¡Terrible!, ¿no es cierto? Pero verdadero...

—Sí — admitió Drew, y en aquel «sí» estaban condensados todos sus atisbos y todo su arrepentimiento.

—Entonces... ¿vamos a hacer algo para encontrarla?

—Tiene usted razón. ¡Vamos inmediatamente! — aceptó Drew, levantándose.

Los primeros pasos para dar con ella fueron un completo fracaso. Sylvia no estaba en su departamento ni supieron decirle dónde se hallaba, ni si volvería tarde o temprano. Decidieron entonces ir al encuentro de Fraser James. Llegaron a la oficina de éste, preguntaron al botones, que les dijo que Fraser estaba ocupado. Drew sin atender a razones, llamó a la puerta del despacho del arquitecto; estaba seguro de que su mujer se hallaba allí con aquel sujeto.

—Si este idiota no quiere abrir la puerta, soy capaz de derribarla. Sylvia está aquí con él, nadie me lo quita de la cabeza.

Se había equivocado una vez más. Sylvia no estaba allí ni tampoco Fraser James. El botones se había equivocado. Un hombre acababa de salir del despacho, indignado al oír los golpes que Drew estaba dando en la puerta.

—¿Qué sucede? ¿Qué se les ha perdido a ustedes aquí?

—Deseo ver al señor James.

—El señor James no está.

—¿Cómo? El botones me dijo...

—El botones no es infalible — repuso el empleado con malos modos.

—¿Podría decirme dónde se halla?

—El señor James salió esta mañana de la ciudad, y estará ausente unos días. Es todo lo que sé acerca de él.

Y sin añadir más, volvió a entrar en el despacho, dándole con la puerta en las narices. Drew hizo un gesto de rabia.

—Ahora sé dónde está ella. ¡Se han marchado juntos! ¡Ah, pero se equivoca de medio a medio si cree que va a librarse de mí! Yo sabré encontrarlos aunque se oculten en el infierno...

—Al infierno iremos todos si Dios no lo remedia — murmuró Jessup en voz baja, mientras seguía a su amigo.

Una hora después, todos los detectives privados de California habían sido movilizados por orden de Drew, que estaba dispuesto a arruinarse con tal de dar con el paradero de su mujer y Fraser James. Había dicho que la encontraría y sería la primera vez que fracasase en su empeño.

La primera víctima de la oficiosidad detectivesca de los sabuesos de la policía fué el pobre Ernie el marido de la compañera de oficina de Sylvia. Toda vez que Laura y la señora Drew eran grandes amigas, no era aventurado suponer que el marido de la primera conociera el paradero de la fugitiva.

Ernie fué invitado cortésmente a ir al despacho de Drew. Este le recibió con una amabilidad exquisita. Dominando sus nervios le dijo con entonación suplicante:

—Perdone la molestia que haya podido causarle, pero se trata de algo que para mí es de gran interés. Mi esposa ha desaparecido.

—Le sabía — repuso el marido de Laura.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Nadie.

—Entonces... ¿cómo lo sabía usted?

—He dicho que lo sabía? Pues me he equivocado. No sabía ni una palabra.

—¡Oooooh! — pronunciaron los labios de Drew.

Jessup, temeroso de que su cliente perdiera el control de sí mismo y soltara algún ex abrupto que hiciera estéril los esfuerzos de todos para dar con el paradero de Sylvia, decidió interrogar directamente a Ernie.

—Oiga usted, señor. La señora Drew ha desaparecido y nadie sabe darnos razón de su actual paradero. Si usted sabe algo de esto, tenga usted la bondad de decirnoslo. El señor Drew está positivamente desesperado...

Ernie pareció enternecerse. Siempre había sentido una gran simpatía mezclada de admiración por el jefe de su mujer.

—Bueno... Por supuesto yo puedo decirles algo, pero muy poco. La señora Drew está bien...

—Pero... ¿dónde?

—¡Ah! Esto ya no puedo decirlo.

—¿Por qué?

—Le prometí a Laura guardar el secreto.

—Entonces, ¿Laura conoce el paradero de mi mujer...?

—Sí — repuso tímidamente Ernie.

—Debí imaginármelo. Está bien. Yo conseguiré sacarle la verdad a su esposa.

—Por favor, señor Drew. No interrogue a mi mujer. Sería capaz de matarme por haberle dicho esto. Sylvia le hizo jurar que no diría nada a nadie, y Laura, a su

vez, me hizo jurar a mí que yo guardaría el secreto.

—Perfectamente, señor Ernie. Yo no tengo ningún inconveniente en jurarle que también sabré guardar el secreto. Le doy mi palabra de honor. Ahora, ¿dígame usted dónde está ella?

Ernie se rascó la cabeza. Miró socarronamente a Drew, luego a Jessup. Los dos hombres estaban enteramente pendientes de sus labios. Decidió, pues, hablar para sacarles de aquella angustia.

—Está en Coronado — afirmó.

—Gracias, señor Ernie — agradeció Drew.

Y volviéndose hacia Jessup:

—¿Quiere usted venir conmigo? — invitó.

El abogado hizo un gesto negativo.

—¡Oh, no! ¡Eso es que no! No puedo más, amigo mío. Este último kilómetro tendrá que recorrerlo usted solo...

Si Sylvia se había ido. Había huido de la ciudad de Drew, de ella misma. No se había marchado con Fraser James como Alejandro suponía. Porque descubría adivinarse de todo el mundo, deseaba poder abandonarse a su dolor sin tener que fingir ante nadie, sin tener que mentir, hablar, sonreír, ni mucho menos, escu-

char por centésima vez las palabras de amor de labios de un hombre al que no podía amar... Ella quería a Fraser, lo quería entrañablemente, como un amigo verdadero, bueno, leal, noble, desinteresado, pero nada más. Tal vez en el fondo de su alma deseaba no poder corresponderle, pero el amor era algo más que aquella dulce ternura, aquella confianza, aquel afecto que sentía por el joven. El amor era...

¡Sí, era exactamente todo lo contrario, un sentimiento atormentado, un sufrimiento atroz, un desgarramiento interior, celos, odio, lágrimas, todo aquello que experimentaba por culpa de un hombre que no se llamaba Fraser James, sino Alejandro Drew, por un hombre que durante unas semanas había sido su marido, y del que no había recibido ni siquiera un beso! ¡El amor era aquello! ¡Dios santo, qué cosa tan horrible y al mismo tiempo tan deliciosa!

Pensaba en él en el preciso momento en que hubo de contestar con un «adelante» a una llamada en la puerta. Esta se abrió y apareció en el dintel la figura de un hombre. Aquel hombre era Alejandro Drew. Un Alejandro Drew enteramente distinto del que ella había conocido siempre. Pálido, enjuto, triste, humilde, envejecido... Aquel descubrimiento produjo en Sylvia una alegría tan inmensa, como inmenso había sido su estupor al verlo.

Drew avanzó hacia ella. Sylvia

retrocedió. Durante unos minutos se miraron ambos en silencio, observándose mutuamente. En seguida, Sylvia se fué derechamente a la puerta que comunicaba con el cuarto dormitorio de las habitaciones que ocupaba en aquel hotel, y dijo en voz alta, dirigiéndose a alguien que estaba dentro:

—Un momento... Estoy contigo en seguida.

Se volvió luego hacia su marido.

—¿Bien? — inquirió.

—Sylvia —dijo Drew, y por primera vez desde que se conocían, el nombre de la joven fué pronunciado por éste con un temblor de voz—. Sylvia —repitió—. Vine aquí para decirte que... que no quería divorciarme.

—No comprendo —repuso fríamente su mujer—. Por el contrario, creí que...

—Sí. No necesitas decirme lo que creías. Probablemente estás de acuerdo con Jessup en afirmar que soy el hombre más egoísta, más brutalmente egoísta y estúpido de la tierra. Pues bien. Ambos estáis en lo cierto. Soy todo esto... y muchísimo más todavía. Soy un hombre sin cerebro, sin corazón, un muñeco, un loco, un imbécil. ¡Todo esto es tu marido! He sido un ciego, además. Un ciego y un idiota... Debería estar en un manicomio. Pero...

Se detuvo unos instantes para

cobrar resuello. Sus propias palabras le ahogaban. Esperaba tal vez una protesta de Sylvia, pero ésta debía estar de acuerdo con sus afirmaciones, porque permaneció impassible, callada, hermética, indiferente y hostil.

Ahora no le cabía la menor duda a Alejandro que, detrás de aquella puerta que Sylvia había cerrado, se hallaba Fraser James. Era una monstrosidad... de la que él era el único culpable. Sí, él y sólo él había arrojado a Sylvia en brazos de otro hombre. La había despreciado en lugar de cogerla entre los suyos y sujetarla fuertemente, tan fuertemente que no lo fuera dable huir. Se había reído del amor, y ahora, en justa represalia, el amor se vengaba de él. Otro hombre había sabido recoger lo que él se había empeñado en rechazar y lo guardaba para sí, celosamente. ¡No, no podría arrebatarárselo! ¡Era ya demasiado tarde! Pero, al menos, le guardaba el amargo recurso de decirle a ella toda la verdad, de poner una gota de miel en la miel de aquel idilio provocado, de hacer nacer en el corazón de Sylvia la sombra de una duda. Si ella le había querido — y ahora estaba seguro de ello — no podría permanecer insensible a aquel acto casi heroico, a aquella humillación que le elevaba, a aquella confesión temblorosa y apasionada que estaba a punto de salir de sus labios. Al obrar así obedecía, no sólo a un impulso irresistible, sino también a un

oscuro y casi incomprensible sentimiento de venganza. Por primera vez en su vida, Alejandro Drew, el hombre que no creía en el amor, empezaba a darse cuenta de que era algo sublime y terrible.

—Sí, he sido un loco —continuó después de una corta pausa—. Yo soy el primero en reconocerlo. Debería haber comprendido hace tiempo lo que he llegado a comprender ahora, cuando es ya demasiado tarde...

—Pero...

—No, no me interrumpas —suplicó él atajándola con un gesto casi autoritario—. Déjame hablar primero y luego dime lo que te parezca conveniente. Ma iré en seguida, pero antes he de hacerte una confesión. Desde el día en que te fuiste de casa te he estado buscando como un loco, desesperadamente. ¿Y sabes por qué? Porque quería decirte... Quería decirte que te quiero, que estoy enamorado de ti. Que te amo, esta es la palabra.

—¡Alejandro! —presunciaron los labios de Sylvia, pero Drew, torpe como siempre, no comprendió todo el tesoro de ternura que había puesto ella en su acento. De haberlo comprendido no habría dicho lo que siguió después. Se habría detenido para acercarse a ella, cogerla en sus brazos y no dejarla ya. Pero seguía creyendo que detrás de aquella puerta había otro hombre, que aquel hom-

bre le había arrebatado el amor de la mujer querida, y no podía imaginar que para él fuera ya posible la felicidad:

—Sé lo que vas a decirme. Es demasiado tarde. Está bien. Acepto mi derrota. Ahora que te he dicho ya cuanto tenía que decirte me marchó. No volveré a cruzarme en el camino de tu dicha. Espero que seas feliz con James Fraser, o con Fraser James, o como se llame...

Y entonces sucedió algo imprevisto. Se abrió la puerta de la habitación contigua, y apareció en ella ¿James Fraser? ¿Fraser James? ¡No! Laura, la amiga de Sylvia, la empleada de su despacho, a quien el mismo le había concedido las vacaciones unos días antes... La pipireta y traviesa Laura, que, olvidada momentáneamente de la jerarquía de Alejandro Drew, se le acercó desafiadora para decirle, con un tonillo insolente, que a su jefe le pareció delicioso:

—Perdone, señor Drew. Yo he venido aquí para descansar. Usted sabe que he trabajado mucho este invierno en su despacho. Pero si usted sigue gritando en esta forma, no me quedará otro recurso que marcharme...

Y después de haber pronunciado estas palabras, volvió a irse por donde había venido. Sylvia y Alejandro quedaron solos. El estupor que reflejaba el rostro de Drew hizo sonreír a Sylvia. Aquella sonrisa hizo, a su vez, sonreír

a Drew. El hielo estaba roto. Ni el uno ni el otro tenían por qué seguir mirándose frente a frente, como dos enemigos. Todavía él, desconfiado de sincerarse, o tal vez pensando en voz alta, balbuceó, señalando la puerta:

—Yo pensé... creí... supuse...

—Sí, ya sé lo que pensaste, lo que creíste, lo que suponías... —replicó Sylvia riendo—. Pero será mejor que no me lo digas... Así podré fingir seguir ignorándolo.

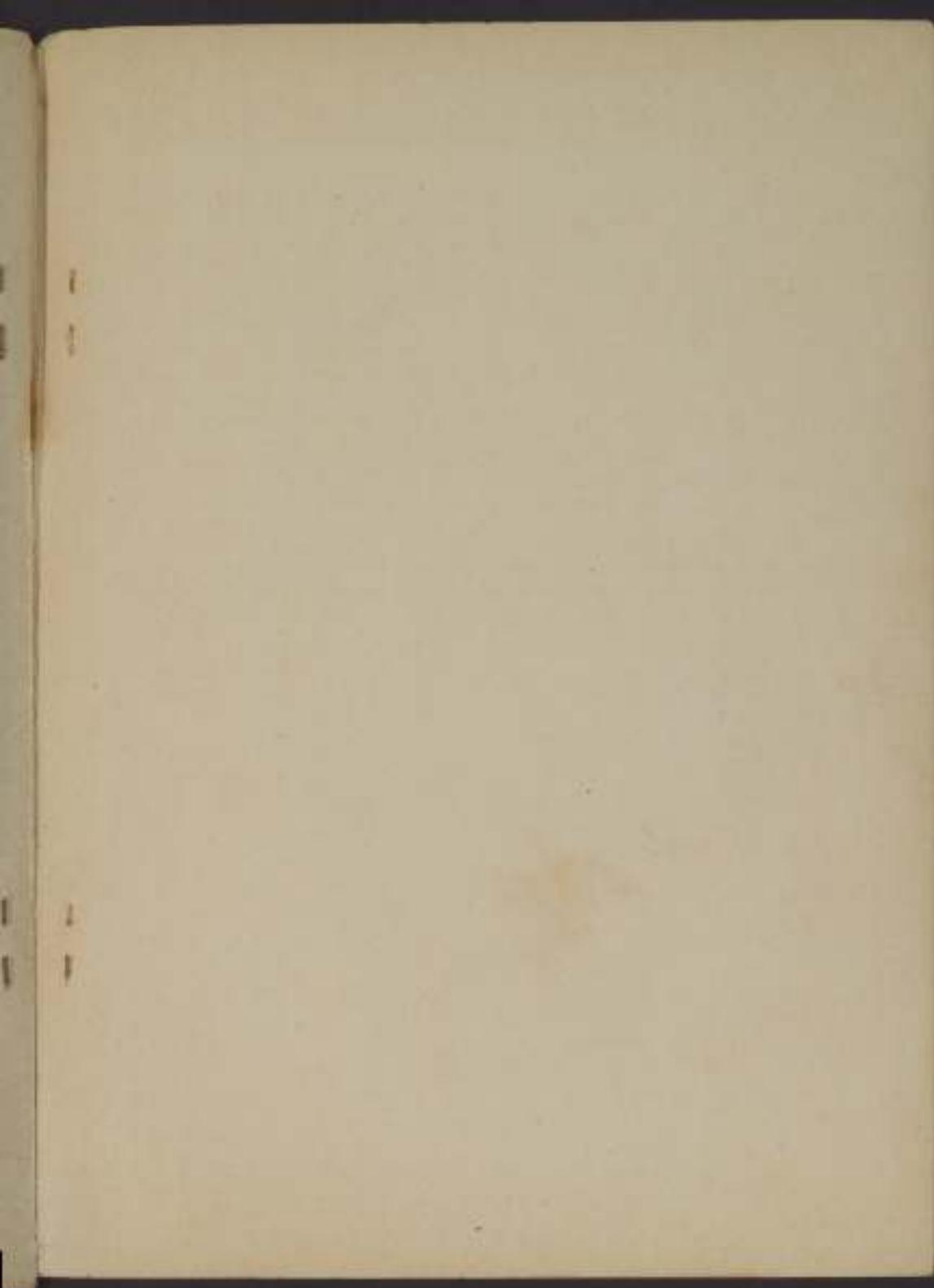
Por toda respuesta, él la cogió en sus brazos, sin que ella hiciera el menor ademán de resistencia. La besó amorosamente, y luego, con-

templando extasiado aquel rostro bellísimo, aquellos ojos azules que por culpa suya habían tenido que derramar tantas lágrimas, murmuró dulcemente:

—Eres una secretaria detestable. ¿Por qué no me dijiste que estaba enamorado de ti? Nos habríamos ahorrado muchos sinsabores. ¿Sabes lo que te digo? ¡Que no me sirves para nada! ¡Puedes despedirme desde este instante!

Y sin duda para demostrarle lo irrevocable de su resolución, la besó de nuevo una y otra vez hasta que ella estuvo bien convencida de que, en efecto, no debería volver jamás por su despacho.

FIN



PUBLICACIONES CINEMA

CALLE BALEN, 104

BARCELONA